



***Identidad entre subjetividad e información
en la Biblioclastia***

Est. Federico Guillermo Steinfeld, leg. 4531

Tesina presentada para el cumplimiento de los requisitos de
la asignatura Seminario de la Investigación Bibliotecológica,
del profesor Lic. Nicolás María Tripaldi

GOBIERNO DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
DIRECCIÓN DE FORMACIÓN TÉCNICA SUPERIOR
INSTITUTO DE FORMACIÓN TÉCNICA SUPERIOR Nº 13
2017

*(...) ¿No he contado siempre la verdad en mis libros?
¡Y ahora me tratáis como a un mentiroso! Os ordeno, ¡quemadme!*

Fragmento de “Die Bücherverbrennung” (“La pira de libros”), de Bertolt Brecht

Tabla de contenido

Lista de abreviaturas	v
Prólogo	1
Introducción	6
Capítulo 1	12
1.1. Análisis de términos vinculados a la destrucción documental	12
1.1.1. Usos en el siglo 19	13
1.1.2. Usos en el siglo 20	14
1.1.3. Usos en el siglo 21	15
1.1.4. Síntesis y resignificación	16
1.2. Análisis de variables intervinientes	19
1.2.1. Información.....	19
1.2.1.1. Conocimiento	21
1.2.2. Sujeto	23
1.2.2.1. Alteridad.....	26
1.2.3. Síntesis y resignificación	28
Capítulo 2	29
2.1. Análisis de la relación entre variables	30
2.1.1. Identidad entre el Sujeto y la Información	30
2.1.1.1. La identidad narrativa.....	31
2.1.1.2. La acción significativa	33
2.1.2. Realización de la Biblioclastia	34
2.1.2.1. El mecanismo violento sobre el material documental.....	36

2.1.2.1.1. Los estratos de la violencia.....	37
2.1.2.1.2. Figuras de victimidad aplicables a la Biblioclastia	40
2.2. Síntesis	45
Conclusión.....	47
Bibliografía.....	49

Lista de abreviaturas y otros términos

Término	Significa
a.	Adjetivo
<i>ad intra</i>	lat. Hacia adentro
ca.	lat. <i>Circa</i> . Cerca de. Aproximadamente.
eg.	lat. <i>Exempli gratia</i> . Por ejemplo, a modo de ejemplo.
fr.	Francés; francofonismo.
gr.	Griego; helenismo.
ing.	Inglés; anglicismo.
lat.	Latin, latinismo.
qv.	lat. <i>Quod vide</i> . Véase.
s.	Sustantivo
sv.	lat. <i>Sub verba</i> . Bajo la palabra (úsase para las entradas en una fuente de referencia)

Prólogo

¿Por qué en una época en que la Bibliotecología dedica una atención mayúscula a las tecnologías de la información y la comunicación, se debería abordar el análisis de un concepto como “Biblioclastia” que, en apariencia, señala un momento eventual y esporádico en la historia del libro?

La última década del siglo 20 puso de manifiesto una verdad de Perogrullo, que es que la guerra es un evento económico y no político (desde el momento que el fin de todo proyecto político serio debe ser evitar la confrontación violenta). Por primera vez Occidente tuvo la pavorosa experiencia de ver televisada la destrucción en tiempo real, aunque con noticias bajo filtro sobre la cantidad de bajas civiles y pérdida de bienes materiales (sin contar la destrucción de las estructuras de relación social). Con ello también se le dio la bienvenida en el vocabulario público al concepto de “efecto colateral”. Una vez más fueron destruidos y saqueados bienes culturales ancestrales, ante el estupor de la comunidad internacional. El núcleo de esta investigación propone la búsqueda de las causas esenciales que concurren en la destrucción violenta del material documental y las unidades de información, en el marco de guerras, atentados, o sumisiones al bando por decisiones estatales (entre otras circunstancias).

Pero el examen de la situación requeriría un refuerzo mayor que el simple estupor. Requiere revisar cuál es el conjunto de motivaciones ocultas que ponen juntos al cuerpo mutilado y al texto quemado (a mi pesar, pero necesariamente, esta investigación está absuelta del debate humanitario y se circunscribe al estudio de la destrucción documental). Pienso que, del mismo modo que al poner luz sobre las causas de un crimen se pronostican las posibles causas de muchos otros, la dilucidación de los mecanismos que pesan sobre la eliminación documental en distintos niveles debería explicar si existe una relación entre los sujetos y la información que producen (o eventualmente, que requieren), y de qué tipo de relación se trata.

Esta luz sobre la relación entre subjetividad e información visibilizaría, entre otras cosas, cuáles son los lugares negados a los diferentes discursos

que se encuentran en conflicto. Por lo tanto, para comprender estos mecanismos que parecen entrar en un espectro que la Bibliotecología no alcanza a observar, se propone analizar el fenómeno de la Biblioclastia a través del lenguaje como su principal mediación socioanalítica, sugiriendo el agregado de otras disciplinas (por ejemplo, antropología, psicología, sociología) que aportan a la comprensión de cómo operan algunos mecanismos ancestrales y subconscientes en el silenciamiento de los sujetos.

No obstante, el contenido conceptual de la Biblioclastia se encuentra notablemente devaluado debido a un déficit crítico de significación, ya que se subordina el concepto exclusivamente al relato historiográfico. Lo demuestra el análisis del material monográfico disponible en español (Báez, 2004; Polastron, 2007) que despliega una galería de la memoria, es decir un importante archivo de relatos históricos trágicos sobre quemaduras de libros y destrucciones de bibliotecas. Ese tipo de investigaciones es rico en información histórica, pero ofrece exigua información metodológica para comprender los mecanismos y las motivaciones para las condiciones que promueven la violencia sobre la documentación. Aunque describen las historias -incluso poéticamente- se privan de discernir los motivos para la obturación de los diferentes discursos sociales que están presentes en los textos.

Esta situación convierte la búsqueda y aplicación de casos en una tarea difícil y a veces imposible de lograr. Ya que las listas de destrucción ofrecidas por los autores son bastante heterogéneas (incendios accidentales, intencionales, públicos, secretos, fagocitaciones, abandonos, etc.), sus relatos quedan restringidos a lo que aquí denomino "violencia subjetiva" y por lo tanto insuficiente para explicar la "violencia objetiva". Es decir, nos asombran, pero carecen de datos relevantes para explicar las relaciones que esta investigación propone. Venturosamente los relatos más o menos contemporáneos dada su cercanía, son más ricos en información interpretable.

Sin embargo, este déficit no sólo está presente en las fuentes de referencia; también debe observarse que las obras de referencia dedicadas a las ciencias de la información por lo común no distan de esta debilidad

informativa. Obras señeras como el diccionario de Buonocore (1976), o el diccionario en línea ODLIS (Reitz, 2004) -en permanente actualización- contienen ambigüedades y generalizaciones demostrando una necesidad histórica pero urgente de resignificación que permita poner en valor al concepto, incluso para su efectiva aplicación en la explicación de contenidos programáticos en las instituciones dedicadas a la formación bibliotecaria.

La más clara de las consecuencias es la inhibición del instrumental teórico que permita a los gestores de la información identificar a los diferentes actores de la Biblioclastia, y comprender críticamente los mecanismos que la ocasionan. Por consiguiente, estos dejan de comprender las limitaciones de sesgo ideológico que intervienen en las acciones propias de la tarea bibliotecaria (eg. cuando operan en tareas de expurgo, de selección arbitraria de descriptores, en la forma de construir tesauros, y otras actividades técnicas).

Debido a que en ese panorama no sólo los referentes bibliográficos¹ sino los textos programáticos en la carrera de Tecnicatura en Bibliotecología del IFTS13 planteaban un déficit de información esencial para explicar el tópico de la Biblioclastia, nació el interés de mirar el fenómeno sincrónicamente a través del diálogo interdisciplinario.

Reconozco, sin embargo, que existen autores que hacen su propia apuesta por el análisis sociopolítico de la Biblioclastia. Por ejemplo, la obra de Gerard Haddad (1993) está atravesada por la teoría lacaniana de la representación del “padre”, aplicada a la destrucción del libro (argumento que se acercaría levemente a nuestro planteo). O, la de Invernizzi y Gociol (2007) quienes dedicaron su propia investigación a la reconstrucción de la memoria de los libros destruidos durante la dictadura cívico-militar argentina (1976-1983).

Lastimosamente, razones coyunturales vinculadas a la escasez de tiempo disponible para el proceso de elaboración determinaron la

¹ No obstante, debe reconocerse que la nota en la edición en español al libro de Polastron interpreta al autor más de lo que la obra da en sí misma respecto de nuestras expectativas. Dice “Afirma Polastron que ‘el libro es un doble del hombre’ y por ello ‘quemarlo equivale a matar’ a quien le dio forma. (...) Los biblioclastas practican, pues, una especie de magia vudú con el castigo que infligen a los volúmenes vejados: cada hoja arrojada a la pira expresa el deseo inquisitorial de asar a un autor (...)”. (Polastron, 2007: p.8).

metodología: se debió optar por la observación documental (Sierra Bravo, 1998: p.241) por medio de la comparación e interpretación del material bibliográfico y de los casos, aplicando mayormente el método hermenéutico (Rendón Rojas, 2005: p.52). No ignoro que este estudio se vería enriquecido por medio de la utilización de técnicas cualitativas en estudios de campo. Pero, estoy condicionado por los límites naturales que hoy por hoy se me imponen.

El método aplicado se fundamenta principalmente en lo expresado por las líneas de investigación del Instituto de Formación Técnico Superior n.13 según se formulan en su blog público (IFTS n.13, 2013), en particular el ítem *educación en investigación bibliotecológica*. Empero, suscribe especialmente a la propuesta de resignificación de esas líneas, categorizada bajo el ítem *estudios teóricos* (Tripaldi, 2014: p.13) que recomienda la aportación de “elementos que reflejan los intereses de los actores sociales primarios y (...) sumar otra perspectiva de análisis para decidir el contexto académico dentro del cual se desarrollará la investigación con criterios de pluralidad colectiva” (Tripaldi, 2014: p.2).

Al final de este trabajo se cita una amplia bibliografía que fundamenta teóricamente el trabajo. Además de la utilización de varias fuentes de referencia históricas y estudios analíticos (tanto monográficas, como periódicas y en línea), la columna vertebral de esta tesina depende de algunos autores (mayormente franceses) que le dan forma al marco referencial del trabajo. Se trata, por ejemplo, del filósofo Emanuel Levinas, para desarrollar la noción de subjetividad y alteridad; de los sociólogos Pierre Bourdieu y Michel Foucault para comprender la relación entre un sujeto y la autoridad que respalda la destrucción de la obra; del filósofo y lingüista Paul Ricoeur para comprender desde la hermenéutica del lenguaje las relaciones existentes entre el habla, el discurso, el texto y el sujeto. Del antropólogo René Girard se tomarán pistas para discutir la noción de destrucción sustitutiva de otro sujeto, bajo la teoría del chivo expiatorio. Y del filósofo político italiano Giorgio Agamben se tomarán otras, para plantear la posibilidad de la abyección de un sujeto abandonado por toda esfera de resguardo como “hombre marcado”, en su teoría del *Homo sacer*. Sin

embargo, es menester advertir que la incorporación de lenguaje y arquetipos interdisciplinarios aquí reviste el carácter de un acercamiento a otras vías de análisis a la Bibliotecología. Considero que, no siendo experto en cualquier campo, puede esperarse mayor profundización en manos de quienes quieran discutir el contenido de esta tesina.

Los objetivos generales que orientan este trabajo son a) Establecer las variables de orden filosófico y simbólico que convierten al libro, o a la Unidad de Información, en objetos de destrucción violenta en el ejercicio de la Biblioclastia. Instrumentalmente, con ese fin se procurará b) incorporar al desarrollo de la investigación la articulación entre las ciencias de la información y las ciencias sociales.

Dos capítulos componen el cuerpo principal del trabajo. Uno, cuyo propósito es debatir las definiciones tradicionales de los términos empíricos, identificar las variables teóricas intervinientes, y resignificar los conceptos (entre otros, Subjetividad, Alteridad, Información) a fin de aportar a su definición y a la fijación del lenguaje profesional. Otro, dedicado a establecer las relaciones entre las variables intervinientes (relaciones de identidad entre Sujeto e Información). En ese marco se analizará la producción de la violencia sobre la información documental, como uno de los resultados posibles en esas relaciones. Las preguntas que recorren esa sección se resumen en estas: ¿es posible que la información y el sujeto sean idénticos, y en qué sentido? y, ¿por qué un destructor se enfoca sobre esta conjunción? No es este el mejor lugar para las gratitudes, pero quiero reconocer aquí que el segundo capítulo ha sido enriquecido por la consulta experta al lic. Edgardo Civallero y a la lic. Flavia Soldano a quienes estoy sobremanera agradecido.

Como toda disciplina que se retroalimenta únicamente de sí misma se acostumbra a sus propios arquetipos de lectura, corre el riesgo de caer en aquello que se reconoce como parálisis paradigmática. Por esa razón el “currículum oculto” de esta investigación es ofrecer a la comunidad bibliotecaria instrumental para iniciar (o continuar) el diálogo que le evite sumirse en la endogamia. Y, a quienes tienen a la Bibliotecología como segunda carrera, darles una oportunidad de pensar qué puede aportar su propia especialidad a este campo de interés común.

Introducción

La noción de Biblioclastia constituye un importante elemento de análisis en el imaginario de las ciencias de la información, puesto que está atravesado tanto por la dimensión ética y como por la dimensión filosófica de la Bibliotecología. Precisamente por cuanto se trata de la destrucción intencionada y violenta del material documental y las colecciones, queda involucrada la dimensión axiológica reclamando responsabilidad por parte del profesional en la gestión de la información. Por otra parte, como tema filosófico la Biblioclastia también requiere pensar bajo ciertas categorías de análisis situacional.

Por dichas razones la presente investigación postula que las propiedades “políticas” que operan en la identidad entre un sujeto y un texto, precisan ser revisadas con la ayuda de disciplinas complementarias que operen como dilucidantes en el análisis de la realidad (que por ahora serán denominadas “mediaciones socioanalíticas”). Se sostiene la necesidad de efectuar esta indagación externa sobre la base de obtener respuestas al paradigma bibliotecológico que sean provistas por los paradigmas de otras disciplinas científicas (Kuhn, 1983: p.250).

Debido a que una mirada de base empírico filosófica como la que aquí se propone no acuerda con la existencia de una sola forma de concebir la realidad (Schüster, 1992: p.11), el método aquí empleado pondrá en diálogo a otras disciplinas en correlación. Coherente con la principal característica propuesta en los objetivos de la investigación, que es la aplicación de la lectura interdisciplinaria para lograr una adecuada comprensión de la Biblioclastia, la metodología estará guiada dialécticamente en la búsqueda de síntesis (Rendón Rojas, 2005: pp.48-49) por medio de la articulación entre distintas disciplinas de las ciencias sociales, principalmente desde la hermenéutica.

Esta propuesta sostiene que en la destrucción intencionada de documentación y bienes culturales concurre la siguiente clave de interpretación: existe cierto vínculo de doble vía entre los *sujetos* (como

productores o beneficiarios de la información), y la *información* producida. Al ocurrir esta relación la violencia aplicada así sobre las personas como sobre la documentación, se explica bajo esta doble condición: es simbólica y, complementariamente, real. La violencia es ejercida en ambas dimensiones sobre un objeto -el documento escrito- que ostenta, tanto las características de un determinado tipo de sujeto, como las características que le son propias a la información de un texto (como plasmación del discurso del sujeto).

Ese vínculo está signado por la identidad entre el sujeto y la información, y la destrucción ocultaría el deseo de destruir las posibilidades presentes y futuras abiertas por el conocimiento. Esta múltiple representación que ocurre en el material documental sobre el que ya se ha identificado un sujeto aborrecido, lo convierte en objeto de destrucción con alcances a plazos inmediatos y mediatos.

La fundamentación teórica surge de la observación documental, tanto para elaborar un estado del arte como también para ofrecer la definición de las variables teóricas. En cuanto a estas últimas, se consideran centrales a la Biblioclastia, el Sujeto y la Información. De ellas, se afirma que el sujeto se distingue del individuo en dos marcas fundamentales: en que es capaz de operar sobre su propia libertad al mismo tiempo que asume un compromiso con la libertad del otro, a quien ve como "otro sí". En cuanto a la información se dice que, además de un encadenamiento ideal de datos, es un recurso objetivo cuya existencia y significado depende del consenso entre los sujetos. Con ellos comparte cierto *status* ontológico al denotar el mundo que desea comunicar, y es la comunidad del lenguaje quien faculta su interpretación para que devenga en conocimiento. Finalmente, esa conjunción visible en una información profundamente subjetivizada es el foco de ataque sobre el que se proyecta la Biblioclastia, como destrucción intencionada del material documental.

Antes de abordar la investigación, es preciso considerar que en las ciencias de la información concurre un problema del lenguaje. ¿Por qué?

La discrepancia que ocurre en el lenguaje dada la variedad de sentidos

asignables a todo término es la señal de su naturaleza provisional. Esa condición polisémica demanda naturalmente efectuar un ejercicio de clausura del sentido, es decir, seleccionar una de las acepciones posibles en medio de la multiplicidad (a sabiendas que el símbolo siempre conserva una reserva de sentido para reiniciar el ciclo) (Croatto, 1999: p.52). Sin embargo, cuando se trata del lenguaje científico el abanico de significados que trascienden el uso cotidiano del lenguaje debe ser restringido al uso más representativo y ceñido para construir la significación más apropiada. En la “vida natural” del lenguaje, cuando una palabra resume un concepto, fácilmente puede ser sometida a la innovación semántica (nuevos significados sobre términos antiguos) (Ricoeur, 2001: p.170). Pero cuando se trata del mundo académico no pasará por ese estado a menos que un consenso de la comunidad profesional lo determine. Un ejemplo simple de ello es lo que en la Bibliotecología se designa “lenguaje controlado”.

Del mismo modo, la característica central de una matriz disciplinaria (es decir, de una escuela de pensamiento, o, una disciplina) es que la comunidad científica que la representa posea un lenguaje común que será su personal “sello de agua”. Debe resolver su propia homogeneidad interna antes de lidiar con otros paradigmas, en cuya relación opera la condición de incomensurabilidad, es decir, de “idiomas diferentes” (Kuhn: 1968, p.23). Esas interrupciones o perturbaciones en la comunicación que contribuyen al choque de paradigmas, son mucho más que asuntos de mero lenguaje verbal. Tienen que ver con tradiciones y compromisos diferentes (Kuhn: 1971, pp.307-308) que requieren la traducción de una disciplina a otra.

Debe advertirse que la composición de una variante de significado particular siempre está afectada por las estructuras de plausibilidad, es decir que se constituye a partir de un contexto histórico y social determinado, los conocimientos de una época, los estándares de la organización política de la sociedad, y muchos otros elementos que proveen el marco para la construcción de ese significado como resultado de una especie de “acuerdo mutuo”. La realidad subjetiva de un significado está en estrecha relación con el mundo objetivo que lo legitima, y viceversa, y sólo es comprensible a partir de esa legitimación (Berger, 1967: pp.53-54). Es por esta misma razón que

Rendón Rojas declara que “la evolución del concepto se encuentra en correspondencia con la evolución del objeto” (Rendón Rojas, 1997: p.82).

Entonces, el valor simbólico de un signo del habla y el lugar que llega a tener dentro del discurso, siempre son algo construido y aceptado por una comunidad. No existe sin al menos dos o más personas para corroborar el sentido, de modo que es un valor social.

Por eso, la duda hermenéutica plantea unas preguntas matrices que intervienen en la precisión de un término científico: ¿Qué se dice? ¿Quién lo dice? ¿Cómo lo dice?² Esas preguntas pueden expandirse más aún. Por ejemplo, ¿quién o quiénes instalan ese término? ¿Todos los sujetos apelados participan en su construcción semántica? ¿En qué circunstancias históricas y sociopolíticas lo hacen?³ ¿Su creación pretende ser aséptica, aunque esté inspirada ideológicamente? ¿Si nombra una práctica determinada, explica las dinámicas de poder que se juegan en su interior? Y, cuando ya se procedió a la clausura del sentido ¿a quién beneficia y a quién perjudica la utilización de ese término?, ¿quién quedó “afuera”? Es sobre estas preguntas -además de los contenidos propios de la disciplina- el lugar donde se construye el sentido, y estas condiciones se aplican particularmente a la delimitación de las variables intervinientes que se intentarán definir en el próximo capítulo.

Lo dicho hasta ahora debería dejar en claro que, para estar a la altura de las circunstancias, es ineludible efectuar ajustes del lenguaje en las ciencias de la información. Se sospecha aquí que queda pendiente una mayor y especial discusión por la comunidad bibliotecológica de dos postulados que, sin el interés de abundar mucho más, deben ser mencionados brevemente.

En primer lugar, existe una urgencia por plantear una normalización del lenguaje bibliotecológico, hasta donde fuere posible. La estandarización del

² Michel Foucault supo interpretar muy bien a los “maestros de la sospecha” en estas preguntas que señalan a las formas de relaciones de poder (Foucault, 1988: p.11), y que en nuestro caso se aplican a las relaciones sintáctica, semántica y pragmática que intervienen en la construcción del término (Rendón Rojas, 1997: p.31).

³ Hans Georg Gadamer consideraba a la “historia efectual”, el efecto histórico sobre la construcción de las palabras, la condición principal del método hermenéutico (Gadamer, 2003: pp.369ss).

lenguaje en una disciplina requiere aportar claridad conceptual. Con frecuencia algunos conceptos simples en la Bibliotecología experimentan solapamientos o confusiones con otros. Por ejemplo, la noción de *expurgo*, *selección negativa*, y *destrucción* cambian de valor según la opinión profesional: unos los asumen como sinónimos, otros como instancias diferentes y hasta alternativos, sin unanimidad de criterio. Esta ambigüedad es comprensible porque las prácticas bibliotecarias están regidas en principio por categorías dotadas por la academia (en diferentes escuelas), categorías que luego quedan sometidas a la contingencia cuando son aplicadas a una Unidad de Información particular. Por ejemplo, la variedad de sistemas de clasificación, las experiencias internas, o las determinaciones políticas dentro de una Biblioteca particular la convierten en sí misma en un sistema focal (eg. una biblioteca privada y especializada). Posee su propio sistema de relaciones internas; pero se encuentra afectada por un suprasistema que la determina (la comunidad civil, la comunidad bibliotecaria nacional, el Estado nacional, financiamiento de agencias sostenedoras, etc.). Y a su vez afecta a uno o más subsistemas (por ejemplo, el de los empleados y sus familias, los proveedores, los usuarios permanentes, los usuarios potenciales, etc.). Todo ello, esa red inextricable, determina la manera de funcionar de una Unidad de Información hasta en el uso de su propio vocabulario para que este represente “algo” en el desempeño de las tareas. Así, la ambigüedad del lenguaje pronostica un mal desempeño o una práctica equivocada.

Aplicado al tema de esta investigación, se puede ejemplificar con mayor certidumbre. Existe en el medio profesional una idea generalizada sobre la *Biblioclastia* que por costumbre la emparenta con la quema de libros (método históricamente aplicado a los materiales en soporte tradicional). Pero quedan fuera del análisis otros materiales, otros soportes y otros procedimientos de destrucción. Además, alternativamente aparecen en el horizonte otros vocablos como *Bibliolitia* (y recientemente *Libricidio*) pero no está claro si son términos sinónimos o si se trata de matices diferentes. Tampoco es claro si estas instancias sean parte de la historia del libro, o de cualquier material documental (por ejemplo, los textos producidos electrónica o digitalmente). ¿Se utilizaría la misma nomenclatura si el ejercicio destructivo

proviniese del dictamen de una entidad del Estado nacional, del ataque de un ejército mercenario, de un atentado, o, si ocurriese en democracia o por sentencia de una dictadura? Ni siquiera queda claro si el concepto se puede vincular a la eliminación de bases de datos, a la destrucción de un servidor de Internet, o al bloqueo de un dominio en la Web global.

En consecuencia, en segundo lugar, la inconsistencia del lenguaje evidencia la contingencia de la Bibliotecología como disciplina científica. Es posible que la ambigüedad de los términos o su falta de especificidad probablemente sea más una muestra de la juventud de la disciplina que un problema de incoherencia. Pero como parte de su fundamentación teórica la Bibliotecología “debe aspirar a tener una terminología propia, suficiente y precisa” (Rendón Rojas, 1997: p.29).

De otro modo durante el proceso de una investigación en su campo se verá enfrentada a la carencia de un vocabulario controlado, lo que hará fútil cualquier intento de poner a prueba una hipótesis. En ese caso la “dificultad” a estudiar estará traslapada por la previa dificultad que plantea la terminología confusa o de uso vulgar. Si esta provisionalidad permanece invisible a los ojos del investigador, los resultados serán inexactos para él e incluso inaccesibles para terceros.

Por último, la disciplina bibliotecológica precisa clarificar cuál es su método específico, o si este se compone de un sistema de métodos tomados del análisis de otras disciplinas; Rendón Rojas propone que la Bibliotecología requiere servirse de un abanico de métodos según los diferentes intereses que la atraviesan (Rendón Rojas, 1997: p.31). A expensas de esa variedad de métodos debe reconocer la necesidad de un abordaje interdisciplinario,⁴ pero mediante la claridad del lenguaje reconocerá qué es lo suyo propio, y qué conceptos deben ser adoptados desde otras disciplinas.

⁴ Por la misma contingencia de la disciplina, tal vez aún es temprano para afrontar otras discusiones más contundentes sobre la condición paradigmática de la Bibliotecología, por ejemplo, si conviven en ella escuelas rivales o tradiciones inconmensurables en competencia (Kuhn, 1983: p.365; Kuhn, 1971, p.230).

Capítulo 1

Comprender qué decimos cuando decimos algo es el puntapié inicial para cualquier argumentación. Por lo tanto, habrá que identificar y conceptualizar preliminarmente la terminología en cuestión. Se trabajará aquí con los términos que identifican el problema concreto (Biblioclastia, Bibliolitia, Libricidio) y con categorías que representan a las variables intervinientes (Sujeto, Información), intentando en cada caso clarificar el concepto. La dinámica que se tratará de seguir es el criterio indicado por Rendón Rojas para la elaboración del sentido (1997: pp.81-84) revisando la experiencia lingüística del término, describiendo el objeto óptico representado, y planteando una formulación lógica (su conceptualización).

1.1. Análisis de términos vinculados a la destrucción documental

Para componer una definición -bajo el consabido problema del lenguaje- se requiere tener en cuenta las nociones que en los últimos siglos se emplearon para expresar las distintas formas de la destrucción documental. En el uso habitual se prefirió el uso de tres sustantivos que suelen entrar en juego en la bibliografía: s. Biblioclastia, Bibliolitia y Libricidio. Estos pueden aparecer eventualmente bajo sus adjetivos (a. biblioclasta, bibliolita o libricida). Como corresponde, los términos han sido indagados en las fuentes en los idiomas correspondientes (además de las fuentes en español, eng., *Libricide*, *Biblioclastm*, *biblioclast*; fr. *Bibliolytie*, *bibliolite*). Aunque regularmente en español se utiliza “Biblioclastia” y es muy poco utilizado *Libricidio* por su origen anglosajón, es menester conocer cuáles son las variantes del significado a través del tiempo, aun cuando parezcan sinónimos, y a partir de allí construir un significado pertinente.

Al revisar los usos durante los siglos 19, 20 y 21 se advierte un cambio

de los énfasis que está sujeto al uso del vocabulario.⁵ A continuación se compararán algunas fuentes, a conciencia de que sólo constituyen un pequeño fragmento disponible que puede no representar el pensamiento acabado de cada época.

1.1.1 Usos en el siglo 19

La edición de 1828 del diccionario Webster desconoce tanto *biblioclasm* como *biblioclast*, pero ofrece *bibliolite* como fosilización de plantas u organismos sobre piedra; la mineralogía y la paleobotánica utilizan apropiadamente el término hasta el presente.

El *Oxford English Dictionary* (2009) detecta un primer uso para el término *libricide* en 1856 sobre una frase de la literatura anglosajona⁶ y define “*the ‘killing’ of a book*”; a su vez remite *biblioclasm* al año 1864 (Knuth, 2006: p.3).

En las últimas décadas del siglo 19 surgen dos obras de referencia dedicadas a los interesados en la conservación de los libros. La primera de ellas de William Blades, *The enemies of books*, 1880. El autor toma cuenta anecdótica de los factores y actores que destruyen los libros (los enlista eclécticamente), y utiliza *biblioclast* para referirse a John Bagford (Blades, 1896: p.106) un anticuario que a principios del siglo 18 se dedicó a arrancarle la página de portada a libros raros, para componer un listado de folios que fue a dar al Museo Británico. Aunque el término es utilizado sólo en ese caso, en realidad resume a los actores de los diez capítulos que comprenden la obra. Esa lista integra personas (por ejemplo, a los encuadernadores, o la servidumbre), razones (por ejemplo, ignorancia), y elementos como el agua, el polvo o el fuego. En cuanto a este último, toma una distancia “políticamente correcta”, porque es el fuego y no la práctica destructiva quien queda como responsable.

⁵ Este cambio performativo refleja la afirmación de Rendón Rojas ya mencionada, que la evolución del concepto ocurre en retroalimentación con la evolución en el objeto (Rendón Rojas, 1997: p.82).

⁶ Toma de William Blair, *Chronicles of Aberbrothock*, iv, 11, la siguiente frase, “*Milton ranks libricide or book slaughter with homicide or man-slaughter.*”

Cerca de una década después, Fernand Drujon, en *Essai bibliographique sur la destruction volontaire des livres, ou Bibliolytie*, emplea los términos fr. *Bibliolitye* y *bibliolites*, listando 268 obras que fueron destruidas por sus autores o editores. Drujón se preocupa especialmente por la escasez de libros, y reconoce esa práctica como una “furia destructiva” (Drujon, 1889: p.2).⁷ Hace también referencia a un artículo de 1873 publicado en *Bibliophile français* en que se mencionan individuos condenados a comerse sus propias obras, los califica como (desafortunados) *bibliolitas*. Aunque Drujon enfatiza sobre los destructores de su propia producción editorial, al listado se les unen dos cuyo peso específico supera a todos los otros en el poder sobre los sujetos y los libros: la Justicia y la Iglesia.

1.1.2. Usos en el siglo 20

Un artículo de 1909 dedicado a la Bibliolitia (Figuerola, 1909) parece seguir a pie juntillas a Blades, preocupado por la degradación del libro por los insectos, los materiales de baja calidad y la torpeza en su manipulación.

En 1957 Espasa-Calpe ingresa *bibliolita*, calificando al “destructor de libros”; mientras tanto fuentes de menor calado como la de Martín Alonso (1958), prefieren una acepción arqueológica: “(...) manuscritos antiguos sepultados por las erupciones volcánicas”.

El *Merriam-Webster's Third New International Dictionary of the English Language Unabridged* (Webster, 1961) define al *biblioclast* como “*destroyer or mutilator of books*”.

Promediando la segunda mitad del siglo 20, el *Diccionario de Bibliotecología de Buonocore* (1976) define *biblioclasta* como “destructor de libros”, y emparenta esa acción -sin mayor explicación- con la iconoclastia (destrucción de imágenes religiosas), y a su ejecutor con una suerte de hereje. Y por lo tanto califica la *Bibliolitia* como la destrucción voluntaria en manos de los mismos productores del libro “movidos por causas de diversa índole”. Diferencia la *Bibliolitia* de la *Biblioclastia* por el argumento de

⁷ Dice el autor “(...) *comme leur réelle et redoutable ennemie cette fureur destructrice à laquelle on a donné le nom plus savant qu'harmonieux de Bibliolytie.*”

necesidad. Mientras que un *biblioclasta* está impregnado por un deseo aparentemente perverso, un *bibliolita* ejerce la destrucción con autoridad. Buonocore mismo es quien plantea la confusión cuando sostiene que la *Bibliolitia* se trata de “(...) destrucción voluntaria”⁸ como si en los demás casos no existiesen ni voluntad ni ejercicio de la autoridad. Pero recupera el sentido que le otorgaba Drujon en el siglo 19: coexisten los enemigos externos del libro con sus enemigos internos.

Ya a fines del siglo ninguno de estos términos (o su discusión temática) aparece ni en la *Encyclopaedia Britannica* (1987) ni en la *Enciclopedia Hispánica* (1990).

1.1.3. Usos en los inicios del siglo 21

Actualmente, ni en el Diccionario de la Real Academia Española ni en la Enciclopedia Espasa-Calpe en línea aparecen entradas para *Bibliolitia*, *Biblioclastia* o *biblioclasta*.

Sin embargo, a inicios del siglo 21 Rebecca Knuth reinstala el viejo vocablo del *Oxford Dictionary* del siglo 19, *libricide* (Knuth, 2003), no sólo para hablar de la destrucción del libro y las colecciones, sino para asignarle al libro una cierta entidad y cuya destrucción lo coloca a la par del homicidio.⁹ El libricidio sólo puede efectuarse con la complicidad de fuerzas hegemónicas. Esta lectura dialéctica parece haber abrevado de la mirada de Drujon, del siglo 19.

Aunque existen algunos aspectos de orden filosófico político propios de la mirada angloamericana de Knuth que se hallan en conflicto con la visión particular de esta investigación, sin embargo proporciona elementos novedosos. Debe valorarse que el *Online Dictionary of Library and Information Science* (Reitz, 2004) reivindica dos términos diferenciados. Un *biblioclast* es “*A person who destroys and mutilates books, for one reason or*

⁸ Dice, “(...) la destrucción voluntaria de libros, destrucción efectuada por personas interesadas en eliminarlos, o por los mismos editores y, hasta por los mismos autores, movidos por causas de diversa índole.” sv. “Bibliolitia”.

⁹ Dice la autora: “*I have chosen to use “libricide” to refer specifically to the twentieth-century, large-scale, regime-sanctioned destruction of books and libraries, purposeful initiatives that were designed to advance short- and long-term ideologically driven goals; libricide is an identifiable secondary pattern or sub-phenomena occurring within the framework of genocide and ethnocide.*” (Knuth, 2003: p.viii).

another"¹⁰, mientras que *libricide* consiste en una acción programática del Estado, basada en la relación de poder que se plantea entre este y los bienes culturales: "*The systematic state-sponsored destruction of books and libraries*".¹¹

En la actualidad, sin embargo, ninguno de estos términos (ni adjetivos ni sustantivos) aparecen en el *Diccionario de la Real Academia Española* en línea (DRAE, 2017).

1.1.4. Síntesis y resignificación

La información anterior merece un análisis, para la puesta en valor de un concepto que abarque las relaciones en juego.

En primer lugar, arriesgamos una posible etimología de los términos, ya que las fuentes se explican muy poco. Biblioclastia, ya que podría tratarse de una traslación de iconoclastia, toma la raíz de gr. βιβλίον (rollo, libro), y el sufijo de gr. κλασμός (romper), resultando literalmente en "romper libros", como la iconoclastia lo hace con las imágenes religiosas.

Algo similar ocurriría con Bibliolitia, donde permanece la misma raíz y se le suma el gr. λιθός (piedra). Ya que la traducción directa sería algo como "libros en piedra" (acepción apropiada luego por la mineralogía), hay que tomar en cuenta la pista textual: los referentes bibliográficos (eg. Drujon) usan *Bibliolytie* como práctica de los *bibliolytes*, del mismo modo que Blades (1889) se refiere a los *biblioclasts*. Estos ejemplos muestran que se han aplicado como calificativos personales, una práctica del lenguaje más o menos natural en los procesos culturales con la aplicación de peyorativos antes de ser más o menos institucionalizados. De tal modo que por extensión un "bibliolita" sería un "apedreador de libros", y un "biblioclasta", un "destructor de libros". El término que define a la práctica llegaría después. A su vez, los usos de "libricida" derivarían de la composición del lat. *Liber, bri*, (libro), o de su derivación en el ing. *Library* (biblioteca, del lat. *libraria*), con el sufijo *-cida*, tal como se usa en "homicida".

Este intento de hacer una arqueología de las palabras responde a su

¹⁰ sv. "*Biblioclast*" (ODLIS, 2004) en: http://www.abc-clio.com/ODLIS/odlis_b.aspx

¹¹ sv "*Libricide*" (ODLIS, 2004) en: http://www.abc-clio.com/ODLIS/odlis_l.aspx#libricide

contingencia, ya que todas ellas delatan una heurística del lenguaje: son invenciones instrumentales para nombrar lo que ya viene sucediendo en el tiempo, y que emanan de percepciones a veces superficiales, o a veces más profundas.

En segundo lugar, tomando como punto de partida las fuentes disponibles, se nota una serie de matices que deben ser interpretados. En el siglo 19, resaltan dos enfoques. El enfoque inglés, propio del liberalismo bajo la noción de progreso permanente que habría dejado atrás la barbarie de las guerras y los ataques por fuego a los bienes culturales, ponía su atención en que la destrucción era más bien resultado de la inoperancia, la ignorancia, el vandalismo o la torpeza. El enfoque francés, desconfía de las instituciones y las ve como principales perpetradoras (Justicia/Iglesia). Entre los siglos 19 y 20 la tendencia parece ser el uso de *Bibliolitia*.

Hasta mediados del siglo 20, las fuentes se enfocan en el aspecto individual de la acción, y las definiciones están más sujetas a la posible etimología; después de los casos de biblioclastia del mundo antiguo, ejemplos mayúsculos son los del siglo XX, entre las que suelen trascender las quemaduras públicas del nazismo. Promediando la segunda mitad del siglo los matices ya son explícitos: hay un tipo de destrucción producida por la agresión bélica desde el exterior, y otro tipo que merece cierta justificación, que es el producido por las editoriales, los autores o las instituciones del Estado (a más de la Iglesia).

Hay una probabilidad alta de que luego de la segunda mitad del siglo los cambios sociopolíticos en el mundo occidental, así como su influencia en otros continentes (Asia y África) hayan popularizado mucho más el acceso a la información de los textos que en el siglo 19 eran claramente accesibles sólo a las élites.

Entre los siglos 20 y 21, el término *Biblioclastia* marca tendencia sobre los otros.

Por último, corresponde hacer una valoración sobre la aparición errática y exigua de estos términos como entradas en las fuentes de información. Este fenómeno podría revelar cierta “ondulación” en su uso por el mundo de las ciencias de la información. Se sospecha que si no existe un uso pertinente y sostenido en el campo bibliotecológico, probablemente las

fuentes de información reflejen esa misma alternancia en la aparición de entradas, e incluso la contingencia del significado (y a veces, la pobreza informativa de las entradas).

Un ejemplo más de esta contingencia se percibe en la concepción tradicional de la Biblioclastia, que aparece impregnada de un halo religioso (visible en la comparación con la iconoclastia). Esa relación condiciona el tópico al marco de la hagiografía (historias de los Santos) donde se privilegia la mistificación de unos sujetos por encima de los acontecimientos reales. La presencia de este imaginario es demostrable; algunos estudiosos utilizan ocasionalmente la categoría teológica de “martirio” para referirse a la destrucción violenta de los libros (eg. Boza Puerta, 2007). Esta conexión deja en evidencia algo que suele reaparecer “entre líneas”, dilucidando un elemento ontológico: que el daño al libro es extensivo al ser humano.

Prefiriendo y necesitando clausurar el sentido, hay que hacer una depuración. La destrucción documental se aplica a un variado abanico de soportes (impresos, fotográficos, electrónicos, etc.) como así también a una variedad de métodos de destrucción conforme al tipo de soporte en cuestión (desmenuzados, quemados, suprimidos, eliminados por shock eléctrico, etc.). Por lo tanto, no debería existir impedimento para continuar calificando como Biblioclastia a la destrucción documental, siempre y cuando se contemple que esa actualización no es sólo técnica, sino también axiológica.

Se requiere una innovación semántica que incorpore todos los actores y factores. La puesta en valor del concepto, sin perjuicio de los vectores de soporte y método de eliminación, debe lograr explicar el concepto a partir de su clave teórico filosófica de fondo, que es la presencia de estas dos variables intervinientes: la información y los sujetos. Una definición formal de la Biblioclastia no puede pasar por alto la consideración de estas condiciones:

- a. Se trata de un acto de eliminación violenta.
- b. Los perpetradores operan seleccionando su foco de destrucción.
- c. Los perpetradores pueden ser individuos y mecanismos que operan desde dentro de la sociedad o desde afuera de ella.
- d. Se ejerce sobre documentos, pero involucra una asociación simbólica y real entre el material documental eliminado y la

eliminación de personas.

Debido a que la Biblioclastia, como instancia destructiva no existe en potencia sino sólo en acto, (es decir, en el mismo instante en que se ejecuta) deben ser especificados cuáles son los elementos de fondo que convierten el acto de Biblioclastia en un crimen contra el potencial del libro, es decir contra el futuro del hombre.

En adelante, “Biblioclastia” será el término para resumir estas instancias.

1.2. Análisis de variables intervinientes

Este estudio formula que en la destrucción documental existe una asociación entre los sujetos y la información, cuya relación se explicará en el capítulo siguiente. Por el momento se tratará de conceptualizar ambas variables intervinientes, comenzando por la Información (tema con el que aquí hay obvia afinidad) para luego continuar con el Sujeto y las condiciones de subjetividad y de alteridad que afectarían a su definición.

1.2.1. Información

En el entorno bibliotecológico existe un aparente consenso teórico sobre qué es lo que se trata de nombrar bajo el tópico de *información*.

En función de discernir a la información en tanto bien cultural “destructible”, hay que examinarla dentro del contexto de la producción documental. ¿Cómo es que la información es una representación esencial de cualquier material documental?, y, ¿por qué es importante para la vida de los sujetos? Intentar una respuesta a las preguntas precedentes requiere hacer una opción epistemológica.

Ante todo, se debe reconocer que pese a la aparición más o menos temprana (ca. 1948) de una teoría de la información en el ámbito científico, la bibliotecología no fue permeada por el tema sino hasta la aparición de las ciencias informáticas y la posibilidad de operar datos a distancia. Antes que eso, no parece haberse planteado críticamente más allá de la función de “anoticiar” al usuario mediante la tarea del referencista, y problematizar las

implicaciones de la comunicación. Al menos es una evidencia en Buonocore (1976: pp.259-260).

Actualmente en el análisis de la teoría de la información intervienen elementos propios de la teoría de la comunicación. Pero ese análisis entraña una lectura matemática que se presenta bajo el talante “informático” de la información (ver por ejemplo, López y otros, 1995). Dicho abordaje no resulta suficiente para comprender su papel en la Biblioclastia; es probable que esa mirada matemática haya sido desarrollada para comprender mejor la comunicación humana (por ejemplo, en el esquema tradicional de Shanon y Weaver), pero no logra desprenderse del sesgo técnico que involucra la comunicación entre máquinas. La comunicación entre sujetos es mucho más compleja que la transmisión de datos entre computadoras, lo cual abandona temas más sensibles (como la Biblioclastia) en la periferia de la comprensión técnica.¹² Por lo tanto, se suscribe al sentido de la información propuesto por Rendón Rojas (1997: p.88ss) aplicado a la Bibliotecología desde un punto de vista ontológico, quedando implicada tanto la objetividad del concepto como también su orientación hacia el ser. Su punto de vista es bastante más complejo que lo que se llega a discutir en este apartado, pero se tomarán los aspectos principales.

Rendón Rojas opta por considerarla algo objetivo “no material” (Rendón Rojas 1997: p.92), es decir, ideal. Mientras que lo material goza de los atributos de espacialidad, temporalidad y movimiento (p.93) la información únicamente posee esas características por extensión al momento de producirse en el aparato sensorial de un sujeto. Es desarrollada y portada en y por sujetos, y depende de la existencia de más de un sujeto (al menos un emisor y un receptor) que se permiten asociar sentidos por consenso, significados que variarán a través del tiempo y los contextos.

Así, la información se transforma en objeto ideal (un “ente ideal objetivado”, para Rendón Rojas), es decir, una construcción con leyes propias que se puede manipular racionalmente y comunicarla a través de símbolos (p.97) denotando *un* mundo. Rendón Rojas sostiene que además de tomar su

¹² A nuestro parecer, el tema queda fuera del espectro tanto de la mirada lírica de algunos escritores como también de la mirada técnica.

forma a partir de la interacción entre el sujeto y el mundo físico (del cual, también devuelve información), posee un *status* ontológico ya que ese mundo desaparece “si desaparece el sujeto con su contexto”.¹³ Como la información es sobre el mundo real, en virtud de ello, sobre ese mundo se le permite actuar al intérprete.

Una definición básica y contemporánea se encuentra bajo la entrada *information* de ODLIS (Reitz, 2004):

Data presented in readily comprehensible form to which meaning has been attributed within the context of its use. In a more dynamic sense, the message conveyed by the use of a medium of communication or expression. Whether a specific message is informative or not depends in part on the subjective perception of the person receiving it (...).

La información, entonces, no tiene sentido en sí misma ya que la cadena de datos que la hacen comprensible adquiere el significado en el contexto de su uso. La percepción del receptor sería fundamental en la producción de sentido.

1.2.1.1. Conocimiento

Hasta aquí, el intento de pautar qué se comprende en esta investigación bajo la categoría de *información*. Pero hay que remarcar que esta sólo cumple un papel instrumental en cuanto a la vida del sujeto. Existe un paso más en la teoría de la información, que delata la razón de fondo para que alguien decida eliminarla (o sostenerla) bajo la forma del documento escrito. Se trata del *conocimiento*, categoría esencial a las operaciones de la mente humana. Una cita de Jesse Shera (tomada a Rendón Rojas) debería ser suficiente para explicar esta diferenciación:

(...) la información es el insumo del conocimiento, y siempre es recibida a través de los sentidos independientemente del número de artefactos que puedan intervenir entre transmisor y receptor (...) El conocimiento es aquello que “sabe” un individuo, un grupo o una cultura, y por eso no puede haber conocimiento sin un conocedor. (Rendón Rojas, 1997: p.104).

El conocimiento es resultado de una suma de procesos que suponen la tarea de interpretar la información (analizar, sintetizar, aplicar, evaluar). Ese procesamiento, esa “digestión cognitiva” de los datos que ya fueron

¹³ *qv.* Nota al pie 27 en Rendón Rojas, 1997: p.99.

convertidos en información a través de distintas asociaciones, precisará atravesar ahora la faena de la elaboración personal (y colectiva) para convertirse en un recurso capaz de alimentar las experiencias actuales y futuras de los sujetos. Fuera de ellos, el conocimiento vuelve a ser información (Rendón Rojas 1997: p.105).

Ahora bien, no se puede hacer un camino más corto para explicar la relación entre la información y el documento escrito (en cualquier soporte) sin pasar por algunos rudimentos de la hermenéutica para comprender cómo la información se hace texto, y cuál es el vínculo del sujeto con ese texto.

Aquello que aquí se denomina *información* (incluso devenida en conocimiento) tiene múltiples formas de expresarse en la vida humana describiendo, junto con las palabras y los mundos que estas construyen, un “texto” (término sumamente afín a las ciencias de la información). Por supuesto que el concepto “texto” -textura, entramado- habiendo nacido para referirse a un soporte de escritura específico, es aun explicativamente más amplio: la vida misma es un texto si se considera que está atravesada por incontables instancias que la componen. En ese caso, una vida destruida también es la destrucción de un “texto” único.

Más, específicamente, ¿qué es un texto escrito (por ejemplo, aquel libro de historia en papel ilustración, esa grabación magnética de un cuento en la voz de Julio Cortázar, o este archivo digital que enlista a las víctimas de una masacre)? La escritura es la fijación del discurso que ha sido efectuada para evitar, ante todo, su destrucción (Ricoeur, 2002: p.128). No sólo conserva el discurso para la posteridad “y aumenta su eficacia” (p.129), también le asigna una “función referencial” (p.130), es decir, la capacidad de “mostrar” el mundo propuesto por el autor, su dilucidación; la eficacia de esa función referencial sólo se cumplirá a través del ejercicio de la lectura. Así, la escritura en el documento se convierte en una mediación material a partir de la cual los sujetos toman contacto directo con la información.

1.2.2. Sujeto

Así como se trató de situar el lugar de la información en el material documental, ahora es preciso determinar qué es un sujeto en el marco de esta discusión. Es decir que no se tratará de explicar qué es un sujeto en toda su amplitud, sino qué es lo que aquí se ha enunciado como sujeto en función de la información. Aquí se concede validez abiertamente al postulado de que el sujeto es el fin último de la información (Rendón Rojas, 2005: p.60), tema del cual ya existe un consenso en la comunidad académica, particularmente en las ciencias de la información.

La teoría de conocimiento desarrollada en el seno de la filosofía ha dado a luz esta noción de sujeto a partir de su contraposición con el objeto. Pero, la marca particular del concepto se reconoce en el *cogito* cartesiano del siglo 17 afirmado por la frase “pienso, luego existo” (es decir, donde está el *cogito*, ahí está el sujeto). No obstante, este sujeto autoconsciente y autogestado ha sufrido bastantes críticas en las últimas décadas a manos de la filosofía contemporánea; se lo admite a costa de que acepte que, como afirma Zizek, no es “transparente a sí mismo” (Zizek, 2001: p.10). La contingencia de la subjetividad responde a que sujeto y objeto siempre se encuentran en una tensión de pertenencia y distanciamiento (Ricoeur, 2008: pp. 137-170), debido a que el primero llega a un mundo en que el segundo ya está planteado en la vida operante, y que tiene como condición *sine qua non* al lenguaje (Ricoeur, 2003, p.14). El sujeto está obligado a “jugar un partido” con reglas que en su mayoría le fueron impuestas *a priori*.

Al margen de la discusión filosófica, es oportuno advertir que existencialmente la noción de sujeto no exige ser el sinónimo directo de individuo, aunque ambos siempre involucren a la persona humana.

La diferencia entre sujeto e individuo pasa fundamentalmente por la posibilidad de modificar el propio entorno y simultáneamente de sostener el compromiso vital con el otro; esas condiciones de su experiencia histórica son las que van transformando a un individuo (aislado) en sujeto. Por lo tanto aquí se distinguen claramente dos esferas que se cruzan para una definición del sujeto: su libertad para ser y su decisión de ser junto a otros.

Actualmente ha sido suficientemente emplazada por el estudio historiográfico de los procesos culturales la idea de que la Alta Edad Media (o, el inicio de la Modernidad) estuvo signada por el surgimiento de la subjetividad (la cualidad de ser sujeto).¹⁴ El Iluminismo dio a luz un talante que primero se expresó en conflictos de tipo religioso, pero que inmediatamente se trasladó a otros conflictos científicos.¹⁵

Pero habida cuenta del tipo de sujeto que se gestó en esa etapa (de sus consecuencias lineales y sistémicas en el liberalismo, y la frustrada expectativa de progreso sin límites estrechamente vinculadas a los enfrentamientos bélicos y las debacles económicas desde el fin del siglo 19, hasta el presente), cabe reconocer que se trata de un modelo de sujeto que en la actualidad no puede ser asumido sin crítica alguna.

Sin dudas la Modernidad trajo aparejada la independencia máxima de los sujetos en aquello que se comprende como “individualidad” (la unidad indivisa) visible en el ejercicio de las “libertades individuales”, cuna de los derechos humanos. Lo que frecuentemente se olvida es que durante la antigüedad hasta la Edad media los sujetos existían, pero en otra forma que es la de sujetos comunitarios.

De tal modo que durante el Iluminismo se asiste a una ruptura con el sujeto comunitario, para originar esa noción de individuo. En cambio del sujeto comunitario se construye y entroniza un tipo de sujeto burgués (competitivo, estable, racional, independiente, socialmente maduro), cuyas nuevas capacidades operan directamente sobre sus relaciones sociales.¹⁶

Dado que el sujeto tiene una dimensión histórica y social, es decir, es

¹⁴ Para Foucault es “(...) el modo en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad en el que está en relación consigo mismo” (Foucault, 2001: p.22).

¹⁵ Dice Foucault que “Todos los movimientos que tuvieron lugar en los siglos XV y XVI, cuya expresión y resultado fundamental fue la Reforma, deben comprenderse como los indicios de una gran crisis de la experiencia occidental de la subjetividad y como una revuelta contra el tipo de poder religioso y moral que dio forma a esta subjetividad, durante la Edad Media.” (Foucault, 1988: p.7).

¹⁶ Adorno reconoce las consecuencias: “Gracias a la mediación de la sociedad total, que embiste contra todo impulso y relación, los hombres son reducidos de nuevo a aquello contra lo cual se volvía el principio del Sí, la ley de desarrollo de la sociedad: a simples seres genéricos, iguales entre sí por aislamiento de la colectividad dirigida en forma coactiva.” (Adorno y Horkheimer, 2008: p.45).

sujeto social antes de ser sujeto individual, debe ser re-comprendido como sujeto-en-comunidad. Es sujeto por y para una comunidad con la que está en interdependencia (se nutre y se ve representado en ella y para ella). Y esa intersubjetividad se hace patente en el mundo que el texto devuelve; aunque el individuo vive en su propio “mundo de los sueños” (como le llaman Berger y Luckmann, p.38), para él el mundo real es un espacio indiscutiblemente cohabitado.

Empero la subjetividad no existe “en el aire”. Siempre se hace presente y visible en las relaciones de poder del sujeto (verdadero espacio público de la subjetividad) a través de seis instancias: a) luchas que son “transversales” (compartidas a través del tiempo y la geografía); b) preocupación por los efectos del poder; c) crítica de instancias inmediatas, concretas y cercanas; d) afirmación del derecho a la diferencia; e) crítica a todo lo que dañe los lazos comunitarios o aisle la identidad; f) contrahegemonización de los saberes, g) y tratar de resumir colectivamente: “¿quiénes somos?” (Foucault, 1988: pp.6-7).

Por supuesto, esas relaciones de poder no son relaciones de transferencia de información (Foucault, 1988: p.12). Sin embargo operan solapándose unas sobre las otras y pueden tener el objetivo de utilizarse en el ejercicio del poder (y de hecho casi siempre funcionan de esa manera).

Este mecanismo operante en las relaciones de poder de los sujetos debe ser tenido en cuenta fundamentalmente a la hora de comprender cuál es su relación con la información, ya que estas relaciones son las que convierten a la representación textual en un campo de batalla. Al mismo tiempo en ese muy objetivo campo de batalla se hace presente la maniobra hermenéutica en que el sujeto, incentivado por el deseo de comprender al otro, se convierte en un *cogito* que desea documentar la existencia humana (Ricoeur, 2003: pp.21-22). Precisamente ese es el modelo de sujeto que se expresa a través de su producción textual, y el que queda identificado con la información del texto.

Tanto bajo las formas del autor como del lector, el sujeto opera en proteger a través de sus ideas y sueños una visión de la comunidad humana, razón por la cual se considera que la destrucción de la información está a la

altura de la destrucción de un sujeto hablante, productivo y biológico.¹⁷ Las diversas opiniones académicas sobre los actos de biblioclastia parecen sostenerse sobre esta fundamentación teórica. Por ejemplo, se nota en la percepción genocida de la biblioclastia, en Knuth: *“To those who value human rights and define humanity as a community extending beyond national and ethnic boundaries, the destruction of any one group or its culture has devastating ramifications for the entire species”* (Knuth, 2003: p.9).

1.2.2.1. Alteridad

Por último, del trabajo de conceptualización del sujeto emerge el tópico de la alteridad. La alteridad frente a la subjetividad (pero no en oposición a ella) no debe ser confundida con el vicio social que en casi todos los contextos aprueba la construcción del “bárbaro”, ya sea con el extranjero como con el sujeto radicalmente distinto a la mayoría dentro de una misma comunidad. T.W. Adorno afirmaba sobre el Iluminismo que su esencia “es la alternativa, cuya ineluctabilidad es la del dominio” (Adorno y Horkheimer, 2008: p.40). Es decir, la consecuencia de la autosuficiencia del sujeto de la Modernidad es la instrumentalización del otro.

El “Otro” es una categoría objetiva que incluye a todo aquel que no es el sí mismo del sujeto. Puede ser el prójimo, puede ser la naturaleza, pero la carga simbólica siempre se asocia a una grieta, una “fractura, entre sujeto y objeto, que (la forma del sujeto ilustrado) prohíbe llenar” (Adorno y Horkheimer, 2008: p.48). Ya que desde el punto de vista tradicional el otro sólo puede ser considerado alguien inferior, es preciso encontrar qué aporta a la alteridad una acepción que se ajuste al modelo de sujeto que se conceptualizó más arriba.

Exactamente la superación de los mecanismos institucionales es lo que define al verdadero sujeto, y al verdadero otro. Ricoeur lo demostrará en su trabajo “El *socius* y el prójimo” (Ricoeur, 1990) frente a unas categorías aparentemente obsoletas pero que grafican perfectamente la diferencia entre

¹⁷ Son estas tres las categorías de análisis científico que Foucault considera como formas de objetivar al ser humano (Foucault, 1988: p.3). De estas, se desprenderá finalmente la categoría de sujeto biopolítico.

los dos modos de ser sujeto: el hombre hecho por y para la institución, o, el que se da la libertad de entregarse al bien de los demás hombres aún a pesar de la institución: “Estas dos lecturas coinciden en un punto esencial: el ‘socius’ es el hombre de la historia, el prójimo, el hombre del recuerdo, del sueño, del mito.” (Ricoeur, 1990: p.92.). La estigmatización del otro únicamente disminuye con el acercamiento real entre los sujetos. Sólo el sujeto-en-comunidad, el que se comprende a sí mismo como parte del colectivo, el sujeto libre, es quien puede arrancar al “otro” del campo de objeto subsumido como víctima.¹⁸

Entonces, ¿a quién, y cómo, se describe aquí como un “otro”? El filósofo Emmanuel Levinas (referente ineludible para hablar de alteridad) le da un tono que supera la simple complementariedad diluyente de la subjetividad. En el otro, está el sujeto mismo.¹⁹ Estar frente a un “otro” es un ejercicio de distanciamiento por el que el sujeto primero debe decidir que ese otro también es un sujeto como él mismo,²⁰ ejercicio que efectúa a través del

¹⁸ Afirma el antropólogo francés Marc Augè que “(...) todos los grandes fenómenos constitutivos de nuestra contemporaneidad (la extensión de la urdimbre urbana, la multiplicación de las redes de transporte y de comunicación y la uniformización de ciertas referencias culturales, la mundialización de la información y de la imagen) modifican la naturaleza de la relación que cada uno de nosotros puede mantener con lo que lo rodea (...) La categoría del otro se recompone por el hecho de que, si bien estos fenómenos tienden a reducirla o a borrarla, algunas reacciones que causan (xenofobia, racismo, locura de identidad) tienden por el contrario no sólo a endurecerla sino a hacerla impensable y no simbolizable, con lo cual se abre el camino a eventuales locuras asesinas que no dejarían de tener sus equivalentes en la historia. (Se trata de) una crisis más profunda, la crisis de la alteridad. Individuos o grupos de individuos se consideran en crisis porque ya no logran elaborar un pensamiento del otro.” (Augè, 1998: pp.125-126).

¹⁹ “En la vulnerabilidad se aloja *una relación con el otro* que la causalidad no agota; relación anterior a toda afección por el excitante. La identidad del *sí* no opone límites al experimentar, ni aun la resistencia última que la materia “en potencia” opone a la forma que la inviste. La vulnerabilidad es la obsesión por el otro o la aproximación del otro. Es *para el otro*, desde detrás del *otro* del excitante. Aproximación que no se reduce ni a la representación del otro, ni a la conciencia de la proximidad. Sufrir por el otro, es tenerlo al cuidado, soportarlo, estar en su lugar, consumirse por él. Todo amor o todo odio del prójimo como actitud, refleja, supone esta vulnerabilidad previa: misericordia⁶ “conmoción de las entrañas”. Desde la sensibilidad, el sujeto es *para el otro*: sustitución, responsabilidad, expiación. Pero responsabilidad que no he asumido en ningún momento, en ningún presente. Nada es más pasivo que este enjuiciamiento anterior a mi libertad, que este enjuiciamiento pre-original, que esta franqueza. Pasividad de lo vulnerable, condición (o incondición) por la cual el ser se muestra creatura. (Levinas, 2005: pp.124-125).

²⁰ La relación histórica de la experiencia se convierte en el ambiente común en que “el otro es otro yo semejante a mí, un yo *como ‘yo’*” (Ricoeur, 2008²: p.113).

lenguaje.²¹ Y el otro le es accesible únicamente por el rostro, la cercanía total.

Incluso, si ese rostro se hace presente por el texto, que es lo que hermenéuticamente queda del autor, vivo o muerto, y gracias al que se puede construir un mundo de significado más allá del sujeto que lo dio a luz.

1.2.3. Síntesis y resignificación

Resumiendo, en adelante se considerará que en toda referencia a la información ya se encuentra representada la noción abstracta de “texto”, cuyo ícono concreto es el material documental. “Información” será el término que resumirá esta conjunción del soporte, el contenido y su valor simbólico. También, se utilizará el término “Sujeto” en referencia a aquella persona que opera en tensión entre sí misma y el otro (quien representa las expectativas de la comunidad a la que se debe).

Hasta aquí, la tentativa de abordar las variables de Biblioclastia, Información y Sujeto en su identificación y conceptualización, debería ser útil al momento de explicar el tipo de relaciones que ocurren entre ellas. A dicha construcción estará abocado el próximo capítulo.

²¹ Dicen Berger y Luckmann que “como yo objetivo por medio del lenguaje mi propio ser, éste se hace accesible masiva y continuamente para mí a la vez que para el otro, y puedo responder espontáneamente a esta objetivación sin ser interrumpido por la reflexión deliberada. Por lo que cabe decir que el lenguaje hace ‘más real’ mi subjetividad, no solo para mi interlocutor, sino también para mí mismo. Esta capacidad que tiene el lenguaje de cristalizar y estabilizar para mí mi propia subjetividad persiste (aunque modificada) cuando el lenguaje se separa de la situación ‘cara a cara” (Berger y Luckmann, 1968: pp.54-55).

Capítulo 2

El propósito de esta sección es describir el mapa de las operaciones simbólicas que se presentan en el proceso denominado aquí como Biblioclastia, explicando la dinámica relacional entre las variables intervinientes.

Sobre la base de las definiciones del capítulo anterior, se asume que por medio de la transmisión de la información un sujeto, quien ya se encuentra bajo condiciones privilegiadas en virtud de la comunicación de ideas y saberes, promueve la formación de nuevos sujetos. Por lo cual se puede afirmar que todo atentado contra la información pone en riesgo la construcción de subjetividad. Y es en la construcción intersubjetiva de las relaciones humanas donde se refleja la circulación del poder, su apropiación, retención, y obturación. El hecho que “(...) mientras que el sujeto humano está inmerso en relaciones de producción y significación, también se encuentra en relaciones de poder muy complejas (...)” (Foucault, 1988: p.3), condiciona a la información frente otras clases de subjetividad que serán capaces de apropiársela, retenerla u obturarla.²²

Si la información, como lo asume la entrada *information* en ODLIS (Reitz, 2004), corresponde a “(...) *all the facts, conclusions, ideas, and creative works of the human intellect and imagination that have been communicated, formally or informally, in any form (...)*”, entonces la Biblioclastia atenta contra la vida plena de los sujetos. Desde el punto de vista de la destrucción del texto en cualquier soporte, la eliminación de la información y todo su potencial deriva en daño explícito al conocimiento del mundo objetivo al que acuden los sujetos.

²² Es especialmente esta razón la que funda la famosa frase “la información es poder”.

2.1. Análisis de la relación entre variables

En la destrucción intencionada de documentación y bienes culturales ocurre encubiertamente una relación entre los *sujetos* que producen o requieren la información, y la *información* producida. La clave de interpretación propuesta se divide en dos etapas de análisis: a) una, de identificación sujeto/información; b) otra, de identificación de la violencia sobre la información/sujeto.

La correspondencia entre las partes está implicada como *identidad*. No se trata aquí de que ambos factores sean iguales, ni siquiera por la coincidencia en las marcas o rasgos distintivos. Son concebidos como idénticos por operaciones simbólicas que dependen de los sujetos y de las dinámicas que construyen a cada factor. En ese sentido aquí se emplea el término “idéntico” como opuesto a “otro”, o “extraño” (lat. *ipse*), con la posibilidad de efectuar una apropiación positiva, pero no como “igual” o “extremadamente parecido” (lat. *idem*) (Ricoeur, 1986: pp.341-342).

La destrucción violenta es ejercida en ambas dimensiones sobre un objeto que encubre una relación preestablecida entre el sujeto y la información. Sobre él es enfocado tanto simbólicamente como efectivamente el deseo de destruir las posibilidades abiertas al conocimiento de la información por parte de los sujetos; al mismo tiempo expone el deseo de destruir a un rival a través del acto de sustitución simbólica.

A continuación se tratará de explicar qué condiciones permiten al perpetrador la destrucción voluntaria y premeditada del material documental.

2.1.1. Identidad entre el Sujeto y la Información

Al decir “identidad” se establece un régimen de paridad para que ambos factores se encuentren frente a frente. Se vuelve a recurrir a la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur aplicando dos categorías suyas, que son la *acción significativa* y la *identidad narrativa*.²³ Ambas se retroalimentan en un

²³ Estas categorías han sido desarrolladas meticulosamente por Ricoeur a lo largo de su bibliografía, especialmente en los estudios sobre la ipseidad en *Sí mismo como otro*, o en “Explicar y comprender” donde desarrolla una teoría del texto y una teoría de la acción. De

movimiento sinérgico y sirven como bisagras para explicar cómo se construye esa relación subjetividad-información.

2.1.1.1. La identidad narrativa

En primer lugar, hay que regresar al concepto de sujeto, entendiendo que en su constitución no es tan “*self made man*” como tradicionalmente lo ha comprendido la modernidad. Como se ha dicho, no existe el *cogito* transparente; en realidad, en su conciencia el sujeto se halla posicionado en un diálogo completo y permanente con la cultura que lo precede; hay un océano de signos que lo determinan. En ese sentido son sus propias construcciones culturales las que le proponen el sentido del mundo que habita. Más aún, los signos del lenguaje, el discurso y la obra, operan para construir la identidad de los sujetos a través de relatos. En clave ricoeuriana “(...) el texto es la mediación por la cual nos conocemos a nosotros mismos” (Ricoeur, 2002: p.108).²⁴

En el ejercicio de comprensión (y autocomprensión) de un sujeto frente al texto, opera una conciencia de sí mismo que Ricoeur denomina como la dinámica de “identidad narrativa”. Así califica a la capacidad que un sujeto tiene de reflexionar sobre sí mismo en el texto, es decir, contarse, relatar su propia historia (sin perjuicio del género literario en que el texto se inscriba). Por eso la acción del lector es aún más “vigorizante” para el texto que el discurso que lo dio a luz.

Sin embargo, es la conciencia del autor del discurso aquel *locus* donde se produce el desplazamiento que da luz, por la fijación, a ese texto. Ese distanciamiento, que paradójicamente requiere una pertenencia comprometida con la producción de sentido, es por eso mismo un abnegado acto de renuncia del autor a la apropiación. Dicho sea de paso, será el mismo mecanismo que el lector aplicará tomando “para sí el mundo de la obra revelado por el texto” (Ricoeur, 2002: p.109).

modo que aquí sólo tomamos elementos generales con el fin de demostrar el mecanismo que se opera a priori de la destrucción.

²⁴ Tradicionalmente es conocida la frase “comprender es comprenderse ante el texto” (Ricoeur, 2002: p.109).

La identidad narrativa es una forma de definir hermenéuticamente la subjetividad en cuanto a que construye al ser humano (Ricoeur, 2006: p.21). Está ampliamente vinculada a la identidad personal. Se encuentra amarrada a la permanencia de un sujeto en el tiempo, y a criterios como el carácter (es decir, el cumplimiento de su palabra, o que su “sí” sea “sí”, y su “no” sea “no”), que hacen a la identidad para consigo mismo.

Ricoeur (1996: p.160), junto con el filósofo escocés Alasdair MacIntyre, llaman “unidad narrativa de una vida” a la sucesión de relatos del sujeto (incluso con los acontecimientos que ha compartido con otros, que son por un lado experiencias psíquicas y físicas, pero también corporales en cuanto a su cercanía con el otro). Esa concentración de relatos que es su propia historia, también está imbricada por las historias ajenas. Allí hay una tensión importante entre el distanciamiento y la pertenencia, que enfrenta en perspectiva a “el cuerpo como mío y el cuerpo como un cuerpo entre los cuerpos” (Ricoeur, 1996: p.129).

Cabe la posibilidad de rechazar este planteo por ambiguo, dado que se desdibujan y se cruzan los protagonismos del autor y del lector. Pero Ricoeur advierte que la equivocidad del autor debe ser preservada en lugar de resuelta porque es en esa dinámica donde, luego de que el autor finaliza el texto, rige la potestad de quienes ahora recrearán el mundo del texto como coautores.

Esta complejización delata la presencia de un “plan de vida” (constitutivo de lo que podría llamarse un género literario en sí mismo). No es únicamente el lector quien se comprende a sí mismo frente al texto. Hay en el emisor del discurso una impersonal afirmación de su identidad personal. De tal modo que las palabras a través de las que la información se nos brinda, son también implacables reveladoras del ser del autor (Ricoeur, 1978: p.145).

Y, en este sentido, la identidad narrativa permite que la información devenga en sujeto: otro que es con quien el lector se encuentra. Como en el texto lo que sobrevive al autor es su discurso, se hace evidente una “textualidad” del sujeto, debido a que en la oralidad previa (o, en el borrador de la mente) se emplaza un discurso sobre sí mismo que reclama ser

interpretado: “Una vida no es más que un fenómeno biológico en tanto la vida no sea interpretada” (Ricoeur, 2006: p.17).

2.1.1.2. La acción significativa

La teoría de los actos del habla (Austin y Searle), tan útil en el análisis literario, plantea la evidencia de que el discurso es acción tanto en el decir, en el hacer, y en el hacer al decir. Una acción posee contenido proposicional y fuerza ilocucionaria, condiciones que permiten construir paralelamente el sentido de la acción. Pero una acción también es autónoma; igual que el texto “se desprende de su autor y desarrolla sus propias consecuencias” (Ricoeur, 2002: p.178). Ricoeur diría sencillamente que “lo que se *hace*, está *inscripto*”.

Sumadas al argumento de la identidad narrativa, estas notas mínimas conducen a una afirmación más osada, que es que el ser humano es un sujeto textual en virtud de que su vida misma es un espacio de inscripción (se usa aquí el término “inscripción” como la forma en que un texto objetiva²⁵ materialmente al discurso).

La “acción significativa” (concepto extraído de las ciencias humanas por medio del cual identifican su propio objeto de estudio), halla un paralelo en la hermenéutica donde el texto se presenta como la objetivación del discurso (Ricoeur, 2002, p.175). Tanto una vida como un texto son objetivaciones concretas, independientemente de cuál sea la disciplina científica que las aborde. En la historia de un ser humano “(...) lo que llamamos el curso de los acontecimientos desempeña el papel de la cosa material que rescata al discurso que se desvanece cuando se lo escribe (...)” (2002, p.177).

Este régimen de textualidad de un sujeto resulta de considerar a las acciones humanas como acciones significativas, es decir, la sucesión de acontecimientos convertidos en “documentos de la acción humana” (Ricoeur, 2008²: p.66). Estas acciones experimentan una solidificación interpretativa que las transforma en instituciones (p.67). Por ejemplo, las citas de autoridad

²⁵ En este trabajo se utiliza el concepto “objetivación” como sinónimo de la acción de someter a la condición de objeto de estudio científico.

corresponden a esa institucionalización de las palabras del autor, tanto como las referencias al cumplimiento de sus promesas personales. El fenómeno de la inscripción, en la vida cotidiana se despliega a través de un registro formal, tarea llevada a cabo por las instituciones públicas o privadas (ej. un municipio, o un banco). Pero cuando estos registros desaparecen, surge en su lugar el papel de la reputación, por medio de la cual se censura o aprueba de distintas maneras el rol social de un sujeto. Estas conductas están relacionadas con la construcción textual de una historia, lo que literariamente se denomina “relato”. No es poca cosa la afirmación de Ricoeur que una “acción humana es en muchos casos un cuasi texto” (Ricoeur, 2002: p.162), de modo que, a una sucesión de conductas orientadas significativamente se le puede aplicar todos los rasgos constituyentes del texto.

Más aún, la producción de una acción que sea significativa debe estar permeada por ciertos componentes que facilitan la construcción del mundo del texto, tanto del lado de la enunciación del discurso como del lado de su posterior lectura. La imaginación, que da a luz la bella tensión entre utopía e ideología, es el componente central que le permite a un sujeto interrelacionarse con otros sujetos “por transferencia (...) de la significación del yo” (Ricoeur, 2008²: p.113). Esas prácticas imaginativas indican que la apertura a otro mundo mejor (es decir, a un mundo orientado al bien en cuanto es bien del prójimo, y por ello también propio) depende básicamente del solapamiento del campo temporal entre los sujetos.

2.1.2. Realización de la Biblioclastia

El mundo real, la realidad que la información expone, es simbólico en todo caso porque es resultado de una construcción social. Se debe recordar con Adorno y Horkheimer la ocurrencia de la trampa positivista: la suposición que al eliminar el material documental se anula inmediatamente a lo real,²⁶ ignorando que la información como representación de lo real siempre es un bien simbólico que surge y resurge a pesar del intento destructivo. De esta

²⁶ Remito buena parte de esta discusión a la lic. Flavia Soldano: el perpetrador “es un gran positivista”.

persistencia dan cuenta los múltiples espacios de la memoria que crecen en sociedades democráticas, demostrando que aunque lo material se destruya, lo simbólico regresa.²⁷

Ya que por un lado el poder carece de la entidad de un objeto material de intercambio, pues se trata de un efecto ejercido sobre sujetos que mantiene en movimiento las relaciones al punto de expresarlas en luchas (Foucault, 1988: p.14); y por otro lado, la información no es material sino un objeto ideal que resume cualidades ideales y materiales (Rendón Rojas, 2005: pp.90-92) replicable en los sujetos por el intercambio a través de la comunicación, entonces “información” y “poder” son dos formas mediante las cuales se nombra la relación intersubjetiva que aparece velada tras el material documental.

Pero, ¿puede el perpetrador reconocer estas sutilezas cuando procede a la destrucción? Si posee esa conciencia del valor simbólico de la información, o si esta conciencia ocurre en un nivel superior al del perpetrador, no es manifiesto a simple vista.²⁸ Mientras que sí es visible, que tanto al perpetrador como al amplio colectivo social que lo avala y le otorga la palabra autorizada para censurar (Bourdieu, 1985: p.67), les permanece encubierta la relación sujeto-información.

Ese ocultamiento de lo que hay bajo la representación puede ser fácilmente explicado a través de la teoría del valor de Marx. En este caso la forma del documento (impreso o digital) esconde ese carácter de valor que proviene de haber sido producido en la conjunción del gasto del esfuerzo humano, el uso de tiempo y la suma de relaciones interpersonales. En el

²⁷ La imaginación poética de J.L. Borges refrendaba este argumento, en “Alejandría, 641 A.D.”:

*(...) Declaran los infieles que si ardiera,
Ardería la historia. Se equivocan.
Las vigilias humanas engendraron
Los infinitos libros. Si de todos
No quedara uno solo, volverían
A engendrar cada hoja y cada línea,
Cada trabajo y cada amor de Hércules,
Cada lección de cada manuscrito.*

²⁸ La opinión de Adorno y Horkheimer, que “los dominadores mismos no creen en ninguna necesidad objetiva, pese a que a veces den tal nombre a sus maquinaciones” (p.46) pone de manifiesto una paradoja.

fondo la información es también una “mercancía” que transporta la huella de las relaciones entre sujetos (sin perjuicio de la discusión económica de su producción). Se aplica la frase de Marx, que “(...) la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquéllos” (Marx, 2010: p.88).

Ante esta discusión teórica debe preguntarse entonces, ¿qué es lo que el perpetrador ambiciona destruir, y qué es lo que efectivamente destruye? Las acciones deben ser diferenciadas porque ocurren matizadas; distintos verbos y tiempos verbales expresan sus niveles de logro. Ciertamente, destruye la cosa material tangible en el objeto (digital, impreso, virtual o real). Procura eliminar la información que el bien cultural difunde. Prevé eliminar al sujeto tras la información (individual, o colectivamente). Y, desea retener el poder circulante, movilizado por el escenario de resistencia con que se confronta (Foucault, 1988: p.14).

De este modo se explica que, en cuanto a su objetividad el documento se estructura como un fetiche hacia el cual el perpetrador se vuelve, suponiendo que en su destrucción destruye todo incluso su alcance cultural y su potencial ético. Bien aplicable aquí sería la conocida frase de Marx, “No lo saben, pero lo hacen” (Marx, 2010: p.91).

Lo que el perpetrador muy positivamente reconoce, es la sincronía que hay entre un documento y la promoción de las ideas. Conoce efectivamente que todos los materiales escritos en bibliotecas tanto como en repositorios legitiman estructuras de poder (Knuth, 2003: p.51).

2.1.2.1. El mecanismo violento sobre el material documental

Las acciones concretas y los mecanismos simbólicos inherentes a la Biblioclastia expresan la relación dialéctica de la historia, y no se llevan a cabo sin un proceso efectivo de coerción aplicada sobre el material documental. A esta coerción se le dará aquí el nombre de “violencia”.

Vista la relación sujeto-información que permanece enmascarada tras el texto, se configuran condiciones que permiten aplicarle al texto las mismas categorías que afectan propia y directamente a los individuos. Al menos estos

dos estados -imbricados mutuamente como causa y efecto- tienen directa participación en la Biblioclastia: se trata del desarrollo sistémico de las condiciones que gestan la violencia y el desarrollo concreto de una víctima, que se muestran semejantes así para un ser humano, como para un libro.

2.1.2.1.1. Los estratos de la violencia

Como ya fue subrayado por las definiciones del primer capítulo, en el imaginario de los bibliófilos la destrucción de un libro está posicionada en el mismo nivel de gravedad que un homicidio. Por supuesto no se trata de una igualdad ontológica a riesgo de sospecharles alguna incapacidad de pensar en abstracto. Pero debe comprenderse que explicar cualquier forma de violencia es tan difícil como explicar el sufrimiento humano, por lo que la discusión no se agota en el campo ético sino que precisa ver muchos otros ángulos.

Una teorización de la violencia como la que promueve el filósofo esloveno Slavoj Žižek, revela que detrás de todo hecho de violencia se encuentra presente cierto componente ideológico que tiene la facultad de descentrar la atención de sí mismo y de re-enfocarla sobre el acto de destrucción, al modo del fetiche marxista.

Precisamente a criticar esa conducta desorientadora se aboca la presente investigación: la frecuente interpretación romántica de la Biblioclastia está enfocada en aquello que Žižek (2009) denomina “violencia subjetiva”, razón por la cual aquella mirada ignora todo cuanto se desarrolla antes y por debajo de la acción violenta final. Esta violencia subjetiva (es decir, aplicada sobre sujetos) siempre tiene agentes y víctimas, pero como sostiene el filósofo únicamente es posible percibirla porque ocurre en un ámbito “de nivel cero de violencia” (Žižek, 2009: p.10).

Imaginando un escenario bélico con soldados armados y viviendas bombardeadas, el incendio de una Biblioteca pasa desapercibido porque puede registrarse como efecto colateral (aunque los efectos culturales a futuro se apliquen en cualquier situación). Pero cuando un hecho similar se produce como evento, por caso la quema de libros de autores judíos en la

Bebelplatz, se convierte en un ícono del horror porque la destrucción se enmarca en una especie de “nivel cero de violencia”.²⁹ Toda producción de violencia subjetiva apela a la empatía pública y tiene a su favor la publicidad y la documentación de los hechos. Pero como sostiene Zizek, ese nivel de lectura nunca ofrece soluciones relevantes (p.16); se podría afirmar que es justamente porque está ocupada en la atención del fetiche y no de los procesos sistémicos subyacentes.

Es por esa razón que el análisis de la Biblioclastia requiere desapegarse del romanticismo o de la actitud hagiográfica. Semejante distanciamiento “médico” tarde o temprano deberá ir al encuentro de una comprometida apropiación social de la bibliotecología. Pero como primer paso de lectura objetiva tendrá que optar por alejarse con tal de no saturar la atención científica.

Del mismo modo que para observar y suspender la violencia en sus fundamentos es preciso un distanciamiento obligado de las víctimas, así también con la destrucción documental es necesario descubrir el ángulo de análisis de la violencia en su fundamento. Todo acto de violencia social –de la clase que espanta al testigo por su crudeza- tiene en la raíz un sustento simbólico que paradójicamente sostiene al “nivel cero” de la violencia. Es sobre la “violencia objetiva” (simbólica y sistémica) que se construye el incendio de la biblioteca, la decidida presión del botón “Suprimir” para una base de datos, o el abandono sistemático de la colección hasta su completo deterioro.

La forma en que la violencia objetiva se manifiesta es, por lo tanto, una construcción invisible pero muy real que supone raíces políticas. Y eso es más que evidente en el caso de la Biblioclastia, porque todo texto es político debido a que siempre lo subyace un conflicto de interpretaciones (desde su contexto de producción hasta su contexto de lectura). Esas raíces están incorporadas a la violencia sistémica en formas ideológicas, por ejemplo, a través de la desacreditación de la tarea bibliotecaria, o en la sospecha de

²⁹ Esto es discutible cuando ocurre en un ámbito de violencia progresiva como ocurrió con la progresiva cooptación social del régimen nazi, o como ocurre en otras situaciones de naturalización de la violencia. Para el caso, el “nivel cero” correspondería a un estado nivel que se opera en la percepción pública.

peligrosidad de las artes del autor o del género literario, o en la quita presupuestaria para el sostenimiento, y muchas otras acciones de orden práctico. Y se expresa simbólicamente por medio del lenguaje y los discursos. Esa relación circular de la violencia objetiva entre lo sistémico y lo simbólico, crea y sustenta al fetiche de la violencia subjetiva cuya completa atención pública le es permitida por una agenda ideológica encubierta.

El conflicto ideológico se expresa básicamente en el esfuerzo por negarle lugar a los discursos diversos y adversos. Aunque lo “políticamente correcto” impide suspender el ingreso a un usuario por su condición personal (étnica, sexual, política, etc.), *ad intra* de la organización puede reaparecer el bloqueo diversificado en un árbol que podrá abarcar tanto las políticas de ingreso de materiales como también los expurgos y las selecciones negativas, los procedimientos técnicos, o la elección (o construcción) de sistemas clasificatorios. Se deberá optar por qué términos agregar o eliminar en una lista de epígrafes, y cuáles se está autorizado a utilizar en la selección de descriptores. El uso del lenguaje con todas sus consecuencias describe un programa de “(...) lucha simbólica (...que al igual que) la lucha propiamente política (...contiene) una cierta pretensión de autoridad simbólica en tanto que poder socialmente reconocido a imponer una cierta visión del mundo social, es decir, a imponer divisiones del mundo social” (Bourdieu, 1985: p.66).

En la Biblioclastia este lenguaje de asimilación opera más explícitamente en la composición de la destrucción de bienes culturales. Civallero lo explica muy bien en la destrucción de Ramallah (Palestina) efectuada por los israelíes, donde

(...) otras bibliotecas fueron destruidas durante 2002: las emplazadas en los Centros Culturales de Grecia y Francia; en el Instituto de Salud, Desarrollo, Información y Política; en el Centro de Desarrollo Ma'an; en la Unión de Comités Palestinos de Cuidados Médicos; en la Municipalidad de Al-Bireh; en la Oficina de Estadísticas; y en los Ministerios de Agricultura, Asuntos Civiles, Cultura, Economía y Comercio, Educación, Finanzas, Salud, Industria, y Transporte (...). De esta forma, las mayorías intentas [sic] imponerse a las minorías, doblegar su orgullo, eliminar sus recuerdos, dominar su realidad y su memoria. Los atacantes intentan quebrar la voluntad de los atacados, borrar sus razones para subsistir y defenderse. Los vencedores buscan quitar el futuro de los vencidos, obligarlos a resignarse, a perder su identidad, a ser asimilados... (Civallero, 2007: p.5).

En muchos casos es la figura del Estado la que se encuentra detrás de

las decisiones finales que determinan sistémicamente el lugar de la Biblioteca a la hora de la eliminación de material documental, sobre lo que Knuth (2003) se ha pronunciado ampliamente.³⁰ Estas expresiones de algún modo sirven para mensurar la condición democrática de un Estado. Por ejemplo, en la eliminación de archivos digitales abiertos al conocimiento público (por ejemplo, en el portal de noticias INFOJUS)³¹, o en la destrucción de importantísimos archivos judiciales alterando las políticas de conservación sin contemplar su previa digitalización.³² Estos movimientos reflejan la ya mencionada conciencia de eliminar el recurso documental y sus posibilidades.

De modo que lo que debería preocupar a la bibliotecología no es la violencia subjetiva, sino la objetiva. Y en ese sentido la aspiración de cada bibliotecario debería ser lograr reconocer cada dato de violencia objetiva - intra y extra institucional- y establecer indicadores apropiados para reconocer la violencia subjetiva y objetiva, con el afán de suspender anticipadamente la Biblioclastia. Porque cuando ella ocurra, ya será demasiado tarde.

2.1.2.1.2. Figuras de victimidad aplicables a la Biblioclastia

El escenario para la violencia sobre el material documental ya explica la aparición de la "víctima". Es de uso general hablar de víctimas ante cualquier situación fortuita (como un desastre natural, o el efecto de accidentes e incluso de la violencia urbana). Pero en cuanto a la violencia explícita, esta sólo puede explicarse en referencia a la víctima.

³⁰ Asunto aparte, en esta investigación no se acuerda en totalidad con su interpretación únicamente negativa de la ideología y la utopía, que la autora plantea como el marco de regímenes autoritarios. A nuestro modo de ver tanto ideología como utopía están enraizadas en -y se alimentan de- la construcción imaginativa. Parte de ese mismo mecanismo se hace presente en la tarea hermenéutica al dilucidar el mundo del texto.

³¹ "Crearon un sitio para rescatar el material que borró el gobierno", en portal de noticias DiarioRegistrado.com, accesible en http://www.diarioregistrado.com/politica/crearon-un-sitio-para-rescatar-el-material-que-borro-el-gobierno_a56bd030ee3073d766a4a4023;ver también <http://cosecharoja.org/infojus/> ; Ver la página de respaldo creada por los empleados de INFOJUS en <http://www.avestruz.com.ar/infojus/todo/>

³² Sección Edictos judiciales. *Boletín Oficial de la República Argentina*, Año CXXV, núm.33560 (06/02/2017): p.12. Accesible en: <https://www.boletinoficial.gob.ar/web2/utills/pdfView?file=%2Fpdf%2FpdfPorNombre%2F2017020602N.pdf%2FFormslashBar1CsTqxyjRwxVljjbly1bLS1JVi1bLQZ15L0%2BCslashBarpnAQAWJGGw6zo%3D>

Así como se diferencia entre una violencia subjetiva y una violencia objetiva, visible una e invisible la otra, la construcción de la víctima también depende de una red de condiciones subyacentes más extensa en tiempo y forma.

Ya que la violencia objetiva tiene raíces políticas, la noción de víctima es también una categoría política porque su concreción se produce en un vacío de derecho. Quien ocupa el lugar del soberano es quien decide quiénes van a integrar la nómina de la sociedad y quién quedará bajo estado de excepción (Agamben, 2002: p.21-23); ese vacío abierto por el soberano con el fin de “proteger” a la sociedad (y, autoprotegerse) constituye una especie de limbo para facilitar la producción de una víctima.

El poder manobra para la construcción de la víctima diferenciándola como el integrante anómalo de la sociedad, el monstruo (Foucault, 2000), en cuanto no se deja a sí misma encauzar por los institutos de normalización (hospital, manicomio, cárcel). Al dejar en evidencia la debilidad de la ley para regularla, el poder decide que el sujeto debe ser dañado por diferentes vías (incluso consecutivas): por detracción, por negación de la identidad, por exclusión social, por destrucción vital de su persona, por desalojo de la memoria social. Y este es el segundo indicador de que la noción de víctima es una categoría política: su capacidad de alimentar la lucha de otros sujetos a través del recurso de la memoria. Como afirma Edgardo Civallero, “Destruir la memoria significa despojar a un individuo o a un grupo de su principal herramienta para darle sentido a su presente, pues el ser humano necesita extraer de su pasado las respuestas necesarias para comprender su actualidad y actuar en la construcción de su porvenir.” (Civallero, 2007: p.3).

Hay que recordar que la victimidad del libro sucede sostenida en la burbuja ideológica del perpetrador, cuyo “triumfo” se basa en creer que en la destrucción del material documental está eliminando todo.

Una arqueología de la violencia demuestra que puede manifestarse a raíz de diferentes caminos, dada la naturaleza dialéctica de la historia humana. Se proponen dos figuras avaladas por la antropología y por la filosofía política: la del “chivo expiatorio” y la del *homo sacer*; no se abundará en su descripción pero servirán como expresiones interdisciplinarias para el

análisis de la Biblioclastia como construcción de victimidad.

Arraigada en la figura semítica del carnero que con su muerte expía la culpa del pueblo, la figura del chivo expiatorio explica la categoría sagrada de la víctima (Girard, 1982: p.44). La teoría de la violencia mimética del antropólogo francés René Girard sostiene que en el origen de la cultura humana está presente un asesinato fundacional (del que dan cuenta muchos mitos). Como una forma de resolver conflictos, los pares miméticos habrían decidido canalizar la violencia sobre un tercer sujeto para evitar que la violencia destruyera al grupo social. A partir del paroxismo del crimen de un tercero que lleva sobre sí la carga del rechazo general, la comunidad quedaría temporalmente reconciliada (pp.135-140). Eventualmente la víctima también podría ser el objeto de deseo común que debe ser destruido para finalizar el conflicto (Girard, 2005).

El chivo expiatorio siempre es seleccionado por su peculiaridad, y transita por dos momentos. En primera instancia debe pasar por la abyección absoluta en el entredicho de las partes. En segunda instancia, luego de su inmolación recibe el más alto reconocimiento (incluso la sacralización), porque en su cuerpo está mediada la unidad de toda la comunidad. En *The history and antiquities of the University of Oxford*, Anthony Wood cita un dato interesante. Cuando los opositores de Enrique VIII (quien había hecho una considerable purga religiosa de libros) tuvieron su oportunidad, destruyeron todos los libros que sustentaban la teología católica medieval (incluyendo los que tenían sólo anotaciones). Dice Wood que además,

(...) calumniaron a esos nobles autores como culpables de barbarismo, ignorancia de las Escrituras, y mucho engaño, y tanto como pudieron condenaron sus memorias por la eternidad. Y para que su impiedad y tontería en este acto llegara más lejos, trajeron a ciertos jóvenes rudos que debían llevar este gran despojo de libros sobre la ciudad en los féretros; haciendo lo cual, los pusieron en el mercado común y allí los quemaron, para dolor de muchos, tanto de los protestantes como de otras partes (...) Citado por Báez (2007: p.156-157).

Hay que advertir en el relato de Wood la presencia de estas variables. El entredicho de pares rivales (católicos y protestantes) es resuelto en cada gestión de gobierno, quemando los libros que representarían el capital teológico de cada opositor. La dramatización de la destrucción con el previo

transporte en féretros (tal cual una procesión hasta el cadalso) dan cuenta de la primera instancia, mientras que en la reivindicación (tardía) se ve la actitud final del partido que decidió la quema en cuestión.

Girard sostiene que la cultura repite esta lógica como patrón para resolver entredichos sociales casi como una receta inconsciente. Pero esa lógica pierde capacidad “aliviadora” cuando el mecanismo de la violencia mimética es dilucidado. En ese caso no se resuelve sino que reclama aún más violencia para lograr la misma eficacia (Girard, 1982: p.155). En su aplicación, se puede afirmar que es por eso que luego de la Biblioclastia sigue la persecución del autor, o la matanza de quienes capitalizan la información.

El hecho que las bibliotecas y los bienes culturales sean rehenes históricos de las pujas políticas y conflictos bélicos, las pone a la par de la producción victimal. No pocas historias tienen como protagonista al libro como inicio de la escalada de violencia entre partes. Relata Báez que el teólogo puritano inglés William Prynne se dedicaba a la condena de obras teatrales, cosa que precisó en su *Histriomastix: The players scourge, Or, Actors tragaediae*. Para comprender este hecho en su dimensión correcta hay que tener en cuenta que durante el siglo 17 el puritanismo (la versión inglesa del calvinismo) fue un movimiento religioso “purificador” de la iglesia Anglicana que afectó con mucha fuerza la economía y la política inglesa por su extraño énfasis en fundar una teocracia. En este orden de cosas, un escrito pastoral de Prynne indignó a la corte al punto de quemarle toda la producción. Báez dice que “Fue encarcelado, vejado, degradado, perdió hasta las orejas” (Báez, p.157).

Aunque el chivo expiatorio parece haber sido Prynne, hay que resaltar la manera en que la violencia en el entredicho pone al libro en primer lugar, antes de conducir al sufrimiento del autor, el editor o el lector.

Otra manera de comprender a la víctima la ofrece la figura del *homo sacer* (lat. persona marcada). El politólogo italiano Giorgio Agamben cita a Festo (siglo 2) “El *homo sacer* es (...) aquél a quien el pueblo ha juzgado por un delito: no es lícito sacrificarle, pero quien le mate, no será condenado por homicidio” (Agamben, 2002: p.87). Es el sujeto que ha quedado fuera del

perímetro de acción de la ley, y cuya eliminación queda en manos de cualquiera que pretenda officiar como su verdugo.

Muy pertinente al bando medieval, el *homo sacer* representa en sí mismo una aporía basada en la depreciación total de la subjetividad, porque ya ha transgredido el orden de la esfera terrenal y se ha convertido en infractor del orden espiritual.

Agamben (2002) califica la vida del sujeto en estas circunstancias como *nuda vita*, vida humana desnuda y biológica carente de todo auxilio jurídico porque ha sido colocada bajo el estado de excepción dictado por el soberano (Agamben, 2002: p.100), lo que convierte a esta clase de subjetividad en un concepto político por definición. Esta noción ha sido actualizada a ejemplos más recientes como los refugiados que quedan en medio del océano (o, los que quedan varados en las fronteras), los reclusos en campos de detención (por ejemplo Guantánamo), los desaparecidos por las dictaduras latinoamericanas, las víctimas del holocausto nazi y muchos otros casos.

Como ejemplo bibliológico, la extraña aunque comprensible costumbre de enterrar libros, no como cuerpos muertos sino como el intento desmesurado de preservación, tan común durante la dictadura en Argentina señala el esfuerzo desesperado de salvar lo que ya ha quedado bajo el bando. Por otro lado, fuera de un Estado de derecho el hallazgo de cierto tipo de libro en una estantería o enterrado, supone la denuncia y la destrucción tanto del libro como del propietario. Invernizzi y Gociol citan el testimonio del docente J.C. Somma:

Un día, muy temprano, unos camiones del ejército pararon en los monoblocks del barrio Kennedy, donde yo vivía. Tocarón timbre, departamento por departamento, y lo que me sorprendió es que sabían exactamente qué iban a buscar en cada casa. En la mía había dos bibliotecas, muy grandes y muy distintas: las lecturas románticas de mi padre, y las mías, más politizadas, por mi tarea de profesor de educación cívica. El comentario fue: usted lee mucho y lee distinto que él. Por supuesto que yo todo lo que tenía que podía indicar alguna tendencia de izquierda ya lo había eliminado, los enterré y los desenterré después del 83, estaban bien así que volví a leerlos pero de otra manera, más equilibrada y dolorosa.” (Invernizzi y Gociol, 2007: p.117)

Como excursión sobre la corporalidad del texto, hay que reparar en la

“hipótesis represiva” de Foucault (1987: pp.23-64) que afirma que detrás del cuerpo sexuado se esconde el poder de las estructuras para su dominación. Tales estructuras toman forma en todas las prohibiciones culturales que hay alrededor del cuerpo sexuado. Todas ellas basadas en la voluntad de saber, es decir, en la necesidad urgente de apropiación de todo secreto que se oculte tras ese cuerpo, extraído a través de la tortura, el encierro o la medicalización. Como el cuerpo es siempre el lugar de escarnio de la víctima, hay que detenerse una vez más en la comparación para preguntarse sobre el alcance de esta hipótesis represiva a la información en el texto, y la tarea de inquirir, censurar o destruir a la cual está abocado el biblioclasta. En la Biblioteca del Escorial, pletórica de códices antiguos de la colección personal de Felipe II y otros importantes donantes (además de la piratería), y destruida en junio de 1671 por un incendio casualmente existió un Infierno “donde reposaban textos que fueron cosidos para evitar que alguien pudiera leerlos” (Báez, 2007: p.161). La censura de la información y la virginidad forzada a un libro, que por otra parte ya no es intonso, refuerzan la idea de victimidad. El libro es a la información lo que el cuerpo es al sujeto, y ambos casos son soportes sobre los que se pueden inscribir las marcas de la destrucción.

2.2. Síntesis

Cuando se habla de la subjetividad del texto, o de la textualidad del sujeto, no se trata de una asimilación absoluta que absorba o proyecte la totalidad del sentido biológico, psicológico y social del sujeto. Es una subjetividad que trasvasa el fenómeno hermenéutico de los rasgos más significativos de un texto a un ser humano, y viceversa. Esa dinámica señala qué discurso, y además el discurso de quién se hace presente. Explícitamente, “qué” mundo alternativo postula, y un mundo según “quién” está propuesto en ese texto. Y esta conjugación entre el texto, el mundo propuesto, y el sujeto (o, los sujetos) constituye el foco de afección de la Biblioclastia.

Esa simbiosis entre subjetividad e información que se hace presente en el texto destruido en un acto de Biblioclastia es, sin temor a equívocos, del mismo tipo que ocurre entre los saberes y la memoria en el hecho de un homicidio o un genocidio.

Pero en cuanto a la “muerte” del texto, el biblioclasta posiblemente no efectúa el ejercicio analítico que hemos hecho más arriba. La subjetividad del texto y la textualidad del sujeto le permanecen enmascarada bajo la figura del libro y la Biblioteca. En realidad es el sujeto productor y la comunidad de sujetos receptores quienes comprenden en primer lugar la carga simbólica de la dinámica sujeto-información.

La intersubjetividad oculta en el libro durante la Biblioclastia sólo puede ser descubierta en el análisis estratificado de la violencia, que primero se enuncia en el lenguaje simbólico por la degradación del saber, y se extiende sistémicamente en el tejido social. Esta violencia objetiva es la que fundamenta a las expresiones de violencia concreta que espantan y no tienen regreso (y que frecuentemente portan con ella vidas humanas). La deliberada destrucción de las colecciones, sin embargo, no puede producirse sin agentes mediadores, y menos aún sin que el Estado (principal protector de la cultura) se descorra de su responsabilidad, o se encuentre sesgado por intereses particulares (económicos, religiosos, etc.). Son estas fuerzas las que finalmente construyen una víctima en el libro.

Conclusión

La multitud de ejemplos históricos de Biblioclastia pero la limitada explicación sociopolítica de los casos fue más que suficiente razón para este estudio. Para evitar la debilidad tradicional de comprender la Biblioclastia desde un punto de vista sentimental, como comúnmente se aborda, se ha recurrido al uso de un instrumental más amplio basado en recursos de hermenéutica, sociología, antropología y filosofía política.

Inicialmente se problematizó una de las debilidades de fondo de la Bibliotecología que es su dificultad para estandarizar su propio lenguaje, y por lo tanto, requerir una definición clara de las variables de estudio. Ha sido particularmente delimitada la Biblioclastia como la eliminación violenta del material documental, que ha sido seleccionado y sobre el que se opera libremente con el aval de un poder hegemónico.

Como innovación sobre el análisis de la Biblioclastia, se estableció que en el núcleo de esta operación de destrucción intencionada de documentación y bienes culturales ocurre una relación *a priori* entre los *sujetos (S)* que producen o requieren la información, y la *información* producida (*I*) que deberá expresarse así:

$$S \rightarrow I$$

Una situación típica de Biblioclastia supone una clase de correspondencia entre las personas y los textos escritos o requeridos, y sintetiza que sobre la información ya se ha identificado un sujeto aborrecido por el biblioclasta.

Existiendo esta relación, la ejecución de la Biblioclastia se explica bajo una condición doble: es ante todo simbólica y sistémica, comprendida como violencia objetiva (*Vo*), y es complementariamente real, expresada como violencia subjetiva (*Vs*). Esta relación bidimensional de la violencia se expresa así:

$$Vo \equiv Vs$$

La destrucción violenta es ejercida en ambas dimensiones (*Vo* y *Vs*)

sobre un objeto que ya ha sido establecido como *locus* de la relación $S \rightarrow I$.

Por lo tanto, la Biblioclastia (B) se explica bajo la fórmula:

$$\forall B\{(Vo \equiv Vs) \ni (S \rightarrow I)\}$$

La pretensión de este trabajo ha sido dejar abierta la posibilidad de diálogo interdisciplinario, y proveer de un instrumento de interpretación para pensar la destrucción documental.

Además del nuevo enfoque para analizar los casos de Biblioclastia, se reconoce que a partir de aquí habrá un potencial espectro de otros casos para seguir revisando bajo la luz de la identidad sujeto/información (que de ningún modo podrían haber sido analizados ahora por las limitaciones ya mencionadas). Unos pocos ejemplos del diverso árbol de posibilidades: la pretensión mágica de los dibujos paleolíticos, la función de los textos de execración egipcios, e incluso otros análisis más arriesgados y contemporáneos como la brutalidad de los cuerpos inscriptos en los femicidios de Ciudad Juárez. Estos temas que implican algún tipo de “marca de propiedad”, la manipulación mágica del otro o la cosificación de un ser humano, seguramente tendrían en su núcleo una referencia al planteo provisto por esta tesina.

Bibliografía

- ADORNO, Theodor y Horkheimer, Max (2008). *Dialéctica del Iluminismo*. Accesible en: <https://www.marxists.org/espanol/adorno/1944-il.htm>
- AGAMBEN, Giorgio (2002). *Homo Sacer (I). El poder soberano y la vida nuda*. Madrid: Editora Nacional.
- ALONSO, Martin (1958). *Enciclopedia del idioma*. Madrid: Aguilar.
- AUGÉ, Marc (1998). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. 2ª ed. Barcelona: Gedisa.
- BÁEZ, Fernando (2004). *Historia universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Barcelona: Destino.
- BERGER, Peter (1967). *The social reality of Religion*. Middlesex: Penguin Books.
- BERGER, Peter y Luckmann, Thomas (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLADES, William (1896). *The enemies of books*. Londres: Elliot Stock.
- BOURDIEU, Pierre (1985). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- BOZA PUERTA, Mariano y Sánchez Herrador, Miguel Ángel (2007). "El martirio de los libros: una aproximación a la destrucción bibliográfica durante la Guerra Civil". *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*. 86-87 (enero-junio 2007): 79-95. Accesible en: <http://eprints.rclis.org/29927/1/Dialnet-ElMartirioDeLosLibrosUnaAproximacionALaDestruccion-2544098.pdf>
- BUONOCORE, Domingo (1976). *Diccionario de bibliotecología: Términos relativos a la bibliología, bibliografía, bibliofilia, biblioteconomía, archivología, documentología, tipografía y materias afines*. 2ª ed. Buenos Aires: Marymar.
- CANOSA, Daniel (2015). "Apuntes sobre el curso (Des)enterrando libros prohibidos". *Blog Quién Sabe Qué* (24-10-2015) [Web Page]. Accesible en: <http://librosvivos.blogspot.com.ar/2015/10/apuntes-sobre-el-cursodesenterrando.html>
- CIVALLERO, Edgardo (2007). "Cuando la memoria se convierte en cenizas...: Memoricidio durante el siglo XX". *Revista de Bibliotecología y Ciencias de la Información*, 10 (15): 1-13.
- CROATTO, Severino (1999). *Hermenéutica bíblica. Para una teoría de la lectura como producción de sentido*. 2ª ed. Buenos Aires: Lumen.
- Enciclopedia Hispánica* (1990). Barcelona: Encyclopaedia Britannica Pub.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (1957). Bilbao: Espasa-Calpe.

- FIGUEROLA CANEDA, Domingo (1909). "Bibliolitia moderna". *Revista de la Biblioteca Nacional*. La Habana. Tomo II (1909): pp.5-12.
- FOUCAULT, Michel (1987). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. 15ª ed. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (1988). "El Sujeto y el poder". *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.50, no.3. (julio a septiembre 1988): pp. 3-20. Accesible en: <http://www.jstor.org/stable/3540551>
- FOUCAULT, Michel (2000). *Los anormales: curso en el College de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- FOUCAULT, Michel (2001). *Tecnologías del Yo, y otros textos afines*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- GADAMER, Hans Georg (2003). *Verdad y Método I*. 10ª ed. Salamanca: Sígueme.
- GIRARD, René (1982). *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*. Salamanca: Sígueme.
- GIRARD, René (2005). *La violencia y lo sagrado*. 4ª ed. Barcelona: Anagrama.
- HADDAD, Gerard (1993). *Los biblioclastas. El Mesías y el auto de fe*. Buenos Aires: Ariel.
- IPTS n.13 (2013) "Observatorio para la investigación bibliotecológica". Buenos Aires: Instituto de Formación Técnica Superior n.13. Accesible en: <https://bibliotecariosnet.wordpress.com/investigacion/>
- INVERNIZZI, Hernán y Gociol, Judith (2007). *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. 2ª ed. Buenos Aires: EUDEBA.
- KNUTH, Rebecca (2003). *Libricide: the regime-sponsored destruction of books and libraries in the Twentieth Century*. London: Praeger.
- KNUTH, Rebecca (2006). *Burning books and leveling libraries: extremist violence and cultural destruction*. London: Praeger.
- KUHN, Thomas (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, Thomas (1983). *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEVINAS, Emmanuel (2005). *Humanismo del otro hombre*. 5ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LÓPEZ, Alejandro, Parada, Alejandra y Simonetti, Franco (1995). *Introducción a la psicología de la comunicación*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- MARX, Karl (2010). *El capital: Crítica de la economía política. Libro Primero: el proceso de producción del capital. I*. Madrid: Siglo XXI.
- Oxford English Dictionary* (2009). Accesible en: <http://www.oed.com>

- POLASTRON, Lucien X. (2007). *Libros en llamas. Historia de la interminable destrucción de bibliotecas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RENDÓN ROJAS, Miguel Ángel (2005). *Bases teóricas y filosóficas de la Bibliotecología*. 2ª ed. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- REITZ, Joan M. (2004). *ODLIS. Online Dictionary for Library and Information Science*. Accesible en: http://www.abc-clio.com/ODLIS/odlis_about.aspx
- RICOEUR, Paul (1978). *El lenguaje de la fe*. Buenos Aires: Megápolis.
- RICOEUR, Paul (1986). "La identidad narrativa". Conferencia en la Facultad de Teología de la Universidad de Neuchatél, 09 de noviembre de 1986).
- RICOEUR, Paul (1990). *Historia y verdad*. Madrid: Encuentro.
- RICOEUR, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- RICOEUR, Paul (1996²). *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- RICOEUR, Paul (2001). *La metáfora viva*. 2ª ed. Madrid: Trotta-Cristiandad.
- RICOEUR, Paul (2002). *Del texto a la acción: ensayos de Hermenéutica II*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- RICOEUR, Paul (2003). *El conflicto de las interpretaciones: ensayos de Hermenéutica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RICOEUR, Paul (2006). "La vida: un relato en busca de narrador". *Ágora. Papeles de Filosofía*. 25, 2: pp.9-22.
- RICOEUR, Paul (2008). *Fe y filosofía; problemas del lenguaje religioso*, Buenos Aires: UCA/Prometeo.
- RICOEUR, Paul (2008²). *Hermenéutica y acción*. Buenos Aires: UCA/Prometeo.
- SCHÜSTER, Félix Gustavo (1992). *El método en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- SIERRA BRAVO, Restituto (1998). *Técnicas de investigación social: teoría y ejercicios*. Paraninfo: Madrid.
- The New Encyclopaedia Britannica* (1987). 15 ed. Chicago: The University of Chicago.
- TRIPALDI, Nicolás María. (2013). "Líneas de investigación en los Institutos de Tecnicatura Superior en Bibliotecología: análisis de contenido de los trabajos de base de los estudiantes avanzados, monografías y tesis, como un aporte para formular líneas de investigación en instituciones de educación bibliotecológica terciarias no universitarias". *Actas de las 3as. Jornadas de Intercambios y Reflexiones acerca de la Investigación en Bibliotecología*. La Plata, Buenos Aires: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. [Web Page]. Accesible en: http://jornadabibliotecologia.fahce.unlp.edu.ar/jornadas-2013/actas-2013/tripaldi_2013.pdf/view?searchterm=None

- WEBSTER, Noah (1961). *Webster's Third New International Dictionary of the English Language Unabridged*. Springfield: Merriam Co.
- ZIZEK, Slavoj (2001). *El espinoso sujeto: el centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.
- ZIZEK, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.